MAURO LIBERTELLA

Un reino demasiado breve

LITERATURA RANDOM HOUSE

Mauro Libertella

Un reino demasiado breve

Literatura Random House

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg_

Penguin Random House Grupo Editorial

Era como si mi juventud se hubiera gastado de tanto usarla; había abusado de ella, como tantos escritores que la exprimen hasta sacarle la última gota de pasión.

CÉSAR AIRA, *Artforum*

UNO

No hay testigo que pueda registrar el modo en que dos personas se van mimetizando. Es un proceso casi detenido, sin acción, sólo perceptible para un narrador omnisciente o para esas cámaras de seguridad que enfocan siempre el mismo punto de la sala. La primera manifestación de ese proceso es lingüística: los modismos se pegan de manera incontenible y no tiene sentido batallar contra esa metástasis de la lengua.

Florencia era fanática de *Los Simpsons*, ese tipo de personas que encuentran en cualquier situación de la vida diaria una comparación con esos dibujos, y entonces su humor era entre sarcástico y absurdo. Esa había sido su escuela. Julián se plegó rápidamente a su manera de hablar; en última instancia, él también había visto cientos y cientos de capítulos, y el sarcasmo era un territorio donde se movía con comodidad. Ella adoptó de él una serie de expresiones como “curioso”, “escándalo” y la manía también bastante lúdica de dar vuelta todo tipo de palabras; gofue en vez de fuego, tedien en vez de diente, ñosue por sueño. Con el tiempo fueron erigiendo un idioma en común y si estaban en público tenían que hacer un esfuerzo tremendo para volver a la consensuada y civilizada lengua española. El amor genera la ilusión de que el lenguaje es recíproco. Trataban de evitar los diminutivos y toda retórica excesivamente empalagosa del amor. Les daba la sensación de que la intimidad se construía así, sobre la base de palabras que sólo se prodigaban entre ellos, y por eso a medida que pasaban los meses acrecentaban ese diccionario, buscaban nuevas formas de decir lo mismo. Un cierto decoro le impedía a él usar en público la palabra amor y sus mil variantes, como si hubiera palabras que sólo soportaran ser pronunciadas a puertas cerradas.

El proceso de mimetización fue invadiendo, también, la ropa y el modo de caminar y de moverse. Ella tenía un estilo más definido en materia de vestuario y él todavía atravesaba esa fase cíclica y

cambiante del fin de la adolescencia, así que en eso también él se fue copiando de ella. Su estilo era sobrio, de tonos más bien oscuros, con dos o tres elementos "únicos": un bolso raro, un collar de feria, unas zapatillas modernas, no mucho más. La idea era siempre pasar inadvertida, no llamar la atención. Hay personas así, que buscan la neutralidad. ¿Se diría que este era un signo de su timidez? Es posible. Florencia era del tipo de personas de las que se suele afirmar que tienen una "gran vida interior"; esto quiere decir, generalmente, que son imaginativas, apenas voladas, hipersensibles, un poco retraídas y antisociales. Así era ella. Una chica de cierta dulzura y fragilidad.

Julián era también bastante introvertido y fue perdiendo la timidez con los años pero, por aquella época, se sentía mucho más cómodo en lugares con poca gente. En muchos aspectos se vieron iguales, la versión femenina y la masculina de un mismo síntoma, y ese reconocimiento mutuo fundó una pareja.

* * *

Alguien le había dicho que "el amor es una teoría, una impresión, un conjunto de ideas". Pero Julián no le prestó atención: era demasiado joven y no tenía convicciones tan profundas sobre las cosas del mundo; digamos que disponía, a lo sumo, de tres o cuatro intuiciones sueltas. Cuando la conoció a Florencia era un flacucho que nunca había tenido novia y que se pasaba el día con sus amigos, algo ajeno a la política, a la farándula y a todo lo que le confiere el sentido grupal a una época. Un muchacho sin importancia colectiva, exactamente un individuo. ¿El lugar importa? Se conocieron en los encuentros previos de un viaje grupal a Israel, en un edificio gris y descascarado del barrio del Abasto. Él había aplicado para el viaje porque sabía que, después de los diez días obligados en la Tierra Prometida, podía extender el pasaje y pisar Europa por primera vez. Ella se anotó porque estaba aburrida.

La primera vez que se vieron, sin embargo, no sucedió nada extraordinario. El grupo era amplio y no se sentaron uno cerca del otro. En las primeras miradas de reconocimiento general, él se detuvo unos segundos de más sobre ella, congeló el plano apenas el tiempo

necesario para registrar esa anomalía, pero los nervios del viaje inminente y la euforia de unos cuarenta postadolescentes que recién se conocían confabularon para que ese primer terremoto emocional se pospusiera un poco. Los primeros indicios fuertes sucedieron recién en el avión, casi dos semanas después de ese primer encuentro. Quienes iban a viajar fueron llegando de a uno al aeropuerto, algunos acompañados por sus padres, otros solos. Julián la vio de pie al lado de una columna, retirada del grupo, con una valija violeta en la mano. Parecía nerviosa, algo desorientada. El pelo le tapaba la cara, como si se escondiera detrás de una cortina de hilos castaños. Julián se le acercó:

—Hola, con el pelo así y medio escondida van a pensar que llevás una bomba.

—¿Y qué sabés si no llevo una?

—¿Cuándo vas a hacer que explote?

—Todavía lo estoy estudiando.

Julián se rio. Él también estaba nervioso.

Salieron de Buenos Aires un viernes a la noche, con destino a Madrid y de ahí un trasbordo a Tel Aviv, la lejanía absoluta. Julián pidió la butaca del pasillo; siempre se sienta en el pasillo, dice que así puede mirar a lo lejos, hasta el fondo del avión y ganarle con esa perspectiva a la claustrofobia. A Florencia le tocó la ventana y estaba contenta: nunca había viajado en avión y le habían dicho una y otra vez que hay algo glorioso en ver la ciudad iluminada desde el cielo. Siempre hay coincidencias: les tocó la misma fila, pero en el medio se sentó, entre ellos, un hombre que no estaba con el grupo, ni siquiera un personaje secundario de esta historia. Cuando aquel hombre se ubicó, aparatosamente, acomodando con dificultad un cuerpo torpe, ellos se miraron, sonrieron con sarcasmo y ese fue su primer momento de complicidad. Fue una mirada breve y cargada de sentido, el tipo de mirada que se prodigan los jóvenes cuando están frente a alguien más viejo y que marca una distancia insalvable entre una generación y la otra. El hombre se durmió casi inmediatamente, saliendo ya de este relato, y Julián pudo ver cómo ella iba haciendo, uno a uno, los primeros descubrimientos del vuelo: la adrenalina del carreteo, el

pánico y la euforia del despegue y finalmente ese estado de gravitación, cuando el avión ya está flotando y parece como si alguien hubiera puesto las cosas a funcionar en cámara lenta. No la quiso interrumpir, era respetuoso de los rituales ajenos. Ella luego le diría que intuyó que él de algún modo la escoltaba y que esa convicción la reconfortó. Al rato se quedaron dormidos.

Un día después, destruidos por el viaje, llegaron a una Tel Aviv fría y seca. Era febrero. En el micro que los llevaba al hotel hablaron un poco, por primera vez. A Julián le tocó una habitación con dos chicos medio delirantes; uno era músico, el otro estudiaba para contador, y de entrada se llevaron bien. Esa primera noche, desafiando épicamente al cansancio y el desfase horario, armaron una fiesta en una de las habitaciones. Compraron algunas botellas de vodka en un mercado a la vuelta del hotel (un vodka áspero) y la gente fue llegando después de la cena, arrastrando los pies como zombies. Se congregaron alrededor de veinte personas que todavía no se habían aprendido los nombres de los otros, así que se interpelaban con apodos improvisados: “chabón”, “flaca”, “maestro”, “máquina”. Florencia entró a la habitación con el pelo revuelto y vestida toda de negro; siempre se vestía con algo negro, supo él después. Sosteniendo los vasos de manera casi testimonial (no les daba el cuerpo para tomar) charlaron largamente, en una continuación casi natural de aquel diálogo breve del aeropuerto. Cuando la reunión terminó, él la escoltó hasta la puerta de la habitación, todo un caballero, y ahí mismo se dieron un beso, breve, atenuado por el sueño, casi imperceptible, pero en definitiva un primer beso y entonces un beso importante. A la mañana siguiente, bien temprano, empezaban las actividades formales del viaje. Él se subió primero al micro que los iba a llevar de arriba abajo por el país, y ella se sentó al lado, sin dudar. Eligieron los primeros dos asientos, de modo que el resto del grupo quedara atrás y nos los pudiera ver. Adelante, únicamente el chofer y el largo ventanal por el que pasaba el desierto y el amarillo crepuscular del paisaje de Oriente Medio.

* * *

En apenas uno o dos días, todo se empezó a parecer a un viaje de egresados. ¿Qué edad tenían? ¿18, 19 años? Organizaban fiestas por las noches, tomaban alcohol barato y en cantidades copiosas, y a la mañana siguiente tenían que despertarse bien temprano para recorrer el país. Jerusalem fue, como esperaban, uno de los hitos del viaje. En el Muro de los Lamentos los dejaron al fin tranquilos (se movían siempre con un militar adelante y uno atrás del grupo, perfectamente listos para abrir fuego) y dieron vueltas, alucinados, por esas calles en miniatura que rodean a la mismísima pared como una telaraña de cortadas sombrías. En un gesto performático, decidió que en el momento exacto de apoyar por primera vez su mano sobre el muro tenía que estar escuchando "God is in the house", de Nick Cave. Teatralmente, puso el CD en el discman, track 6, play: ahora sí.

La mayor parte del tiempo lo pasaban arriba de un micro. Como no dormían dos noches en la misma ciudad, todas las tardes esa humanidad de postadolescentes resacosos se tiraba sobre los asientos del bólido de larga distancia que los llevaría a otro lugar y ese era el momento verdaderamente silencioso del día, que coincidía con el atardecer que siempre ofrecía un efecto hipnótico. Julián y Florencia imaginaban que en el micro nadie los veía y es posible que, en efecto, a nadie le importara demasiado que ellos estuvieran siempre ahí, en los dos primeros asientos, hablando y apenas durmiendo, en estado eléctrico. Habían logrado, en tiempo récord, el cometido de toda pareja que se está empezado a construir: se habían vuelto invisibles.

En otro día memorable, los llevaron a dormir en grandes carpas beduinas enclavadas en el medio del desierto. Llegaron al lugar hacia las siete de la tarde y un grupo de lugareños —los turbantes de algodón, la piel arrasada por el sol, el cigarro siempre en la boca— los estaba esperando para el primer momento exótico de la jornada: un paseo en camello. Se fueron subiendo de a uno, trabajosamente; el pobre camello, viejo y aburrido de hacer siempre lo mismo, daba apenas dos pasos, en un simulacro de movimiento, y todo terminaba. Quedaba claro que lo importante era la foto. Después de tan magna ceremonia, los llevaron para que se ubicaran en las carpas antes de cenar. Impresionante: tres carpas del tamaño de un circo cortaban la

línea del horizonte, que de otra forma habría sido perfecta. Había algo verdaderamente arcaico en esa imagen, el tiempo parecía suspendido, como si nada hubiera cambiado demasiado en la Tierra. De modo casi religioso, indicaron que los hombres dormirían en una carpa, las mujeres en otra y la tercera quedaba a disposición de organizadores y residentes. Julián y Florencia todavía no habían dormido juntos; en el contexto del viaje eso era imposible y además todavía los dominaba una cierta timidez. Él no sabía muy bien si estaban haciendo las cosas demasiado lentas o demasiado rápidas. A veces parecía que todo se había precipitado, porque hacía apenas unos días no se conocían y ahora estaban todo el tiempo juntos, casi no se separaban, como esas parejas de viejos que llevan una vida juntos y que han sucumbido a una simbiosis tan extrema que de lejos ya no se distingue quién es quién. Ellos aún no habían tenido sexo y no lo buscaban y eso los volvía infantiles y revestía la relación con un tono naíf. A Julián le hubiera gustado, en ese momento, tener algún amigo al que preguntarle qué hacer, cómo hacer, cuándo hacer. Pero no lo tenía. Estaba, literalmente, en medio de un desierto. Esa noche hablaron hasta tarde y después cada uno se fue a dormir al lugar que le había sido asignado.

Los despertaron un poco antes del amanecer para ver la salida del sol desde lo alto de una pequeña montaña. Prepararon provisiones, llenaron cantimploras y ascendieron con esfuerzo hasta lo alto de un cerro desde donde se veía con nitidez el Mar Muerto. El sol fue saliendo sobre el fondo de esas aguas míticas y el espectáculo fue inolvidable. Un caminito angosto los condujo hacia abajo, hasta la orilla del mar. Algunos, los más temerarios, se pusieron una malla y se tiraron al agua para comprobar ese viejo rumor de que la sal los iba a hacer flotar. El agua estaba fría y salían temblando. Julián no se animó. Ni siquiera atinó a cambiarse; prefería perder una oportunidad irrepetible por no mostrar sus piernas escuálidas y su pánico al agua fría. Florencia le preguntó si pensaba al menos tocar el agua.

—Es para la posteridad. Es como ir hasta el Muro de los Lamentos y no apoyar la mano o como ir a Francia y no sacarse una foto con cara de intelectual.

—Puedo morir si toco el agua helada. Dormí poco, tengo las defensas bajas. Hace frío y estoy lejos de casa.

—Es cierto que es un riesgo, pero tené en cuenta que le aportaría algo lindo al viaje, ¿no? Una muerte repentina, en este lugar tan aislado. Además, el cuerpo quedaría flotando en sal durante años y años, se conservaría perfecto.

—Me estás convenciendo. Lo haría, te juro que lo haría, pero no traje una malla lo suficientemente elegante como para hacer algo tan… tan… ¿tan ceremonioso?

—Tan boludo —completó ella y le dio un beso.

Julián no podía creer nada de lo que estaba pasando: la vista, el lugar remoto del mapa en el que estaban, la salida imponente del sol, pero sobre todo el hecho de estar empezando una relación con una chica, algo que era mucho más nuevo para él que el Mar Muerto, Oriente Medio y los paseos en camello. Estaba feliz y aterrado, eufórico y conflictuado, todo al mismo tiempo, en capas superpuestas, sin orden ni coherencia interna. Ella seguramente sentía lo mismo, pero él no se lo preguntó, porque todavía no hablaban de ellos. El silencio era más elocuente que el lenguaje.

* * *

El viaje terminó un miércoles al mediodía en Tel Aviv, pero la noche anterior pasó algo. Conscientes de la inminencia de un desenlace, Julián y Florencia habían estado raros durante todo el día. No se animaban a mencionar que el viaje estaba terminando, como si al verbalizarlo se cortara abruptamente algo puro y milagroso, una especie de frágil utopía. Cada uno estaba avisado de lo que se venía: a Julián le quedaban diez días libres antes de volver a Buenos Aires, que iba a usar todavía no sabía exactamente cómo; ella se volvía la misma noche en que terminaba el viaje grupal. Quizás lo que más los inquietaba no era no verse por diez días, cosa que estaba a punto de suceder, sino que tendrían que encontrar el modo de volver a construirse en Buenos Aires, ahora sin la contención un poco ficcional

de los coordinadores y los compañeros de ruta. Ya encontrarían el modo, pensaba cada uno como consuelo, aunque si acercamos un poco la cámara podemos ver que están llenos de miedos, que no saben qué decir, que están a punto de llorar. Esa tarde, por lo pronto, se acordó entre el grupo de amigos más cercanos que se iba a hacer una despedida general en la habitación de uno de ellos, que amablemente volvía a ofrecerla para fines festivos. Estaban destruidos: si el viaje hubiera seguido uno o dos días más, alguno habría muerto de sueño y cansancio en el medio de un horrible desierto.

Julián llegó a la habitación cerca de las diez de la noche y Florencia apenas unos minutos después. Cuando entró, hicieron contacto visual y los dos desviaron la mirada como niños, con extraño pudor. Cada cual habló con otra gente, se iban moviendo pero no se cruzaban, cuando uno se sumaba a una charla el otro desaparecía. Dos horas después el movimiento de gente aflojó y ahí quedaron, uno frente al otro, en un rincón de la habitación, con un vasito de plástico rojo en la mano. Se dijeron dos o tres cosas intrascendentes y ella deslizó que su habitación estaba vacía en ese momento. A Julián se le enfriaron las manos y tuvo un principio de temblor, pero puso toda su concentración en parecer tranquilo. Entraron de la mano: la cama era enorme. Sería inexacto decir que se tiraron efusivamente uno sobre el otro, como indicaría la imaginación erótica. Lo que sucedió en realidad es que se sentaron en el borde, uno al lado del otro, y se empezaron a besar con mucha suavidad, en la misma ceremonia que venían practicando hasta ahora. Unos minutos después estaban acostados, todavía con la ropa puesta, y se fueron quedando dormidos, lentamente y sin remedio. Concluía para ellos una vida edénica, intemporal, y lo festejaban así, sin oponerle mayores resistencias al sueño. Cuando se despertaron, era miércoles al mediodía, seguían vestidos y el viaje se terminaba.

* * *

Una tarde caminaban por la calle y Florencia le dijo, con algo de dramatismo: “Si alguna vez nos separamos y veinte años después nos volvemos a ver y los dos estamos solteros, ¿hacemos un viaje a

Roma?". Siempre tendremos Roma, quiso contestarle Julián a modo de remanida cita de autoridad, pero como tantas otras veces eligió el silencio. Nadie soporta vivir únicamente en el presente, aunque nuestros personajes tengan 18, 19 años y estén en el momento de la vida en que el presente es o debería ser el mejor lugar del mundo. "¿Cuando seamos viejos vamos a seguir juntos y vamos a pasar las tardes leyendo el diario en un parque?", pregunta él o ella, da igual, y la respuesta jamás puede ser definitiva ni sincera porque lo importante es no quebrar la ilusión; aunque tengamos la fuerte convicción de que el mago no cortó en dos a su asistente sobre el escenario hay que abrir la boca y decir que "no lo puedo creer" y pensar que puede ser, que la magia es magia. A veces las parejas se inventan un futuro, imaginan tramas posibles.

Pero el mecanismo funciona también hacia atrás, y Julián y Florencia fueron estableciendo en charlas de trasnoche un pasado en común, una historia compartida que antecedía al momento puntual en el que efectivamente se conocieron, aquella tarde en las reuniones de orientación previas al viaje a Israel. Que si ella estuvo en el concierto de Andrés Calamaro en el Gran Rex en 1997 y él también, y tensando el recuerdo se dan cuenta de que los dos estuvieron de frente al escenario, apenas volcados hacia la izquierda. "Nos vimos seguro", terminaban siempre esas charlas y la constatación les provocaba una cierta emoción, aunque los dos supieran que verse no implica nada, que vemos cientos de personas todos los días y que eso no significa absolutamente nada. El amor es una teoría, una impresión, un conjunto de ideas. Otra vez forzaron tan drásticamente el pasado al punto de casi asegurar que habían estado en la misma fiesta, en el mismo departamento, apenas dos años atrás. Él conocía al anfitrión de la fiesta vagamente (compañero de inglés) y ella conocía también de un modo epidérmico a la novia del cumpleañero (amiga de su hermana) y cuando se dieron cuenta de que los dos habían asistido a esa fiesta realmente pequeña, de poca gente, ya no quedaron dudas: ¡se conocían hace años! Eso confirmaba la longevidad y lo predestinado de la relación. Había algo perfectamente esotérico en el modo que inventaban un pasado y un futuro y, sin embargo, se diría

que es imposible vivir sin esa fe un poco absurda, que nadie pudo ni podrá vivir nunca en el presente absoluto.

* * *

¿Cómo es que Julián recaló dos días después en Londres? ¿Es importante para esta historia? Los hechos son los siguientes. Cuando terminó el viaje programado, Julián encontró un teléfono público en una esquina céntrica de Tel Aviv y discó un número que llevaba anotado en un papel suelto, en el bolsillo de atrás del pantalón. Era el teléfono de un compañero del colegio secundario, al que no veía y con el que no había vuelto a hablar desde que terminaron de cursar. Nunca había sido, además, alguien demasiado cercano, apenas un actor de reparto en el elenco estable de ese colegio enorme. Pero cuando le confirmaron que iba a viajar a Israel, se puso en contacto con este viejo conocido y le avisó que iba a andar por ahí con tiempo libre y él le dijo que claro, que lo llamara, que cómo no se iban a ver, que además podía quedarse una semana en su casa; él vivía solo con su madre y les gustaba tener visitas argentinas. Ese entusiasmo lo motivó y se decidió a llamar. Después de varios timbrazos atendió este viejo compañero, le pidió sus coordenadas y le indicó que se quedara ahí donde estaba, que él lo iba a pasar a buscar. Quince o veinte minutos después apareció y la verdad es que estaba igual. Julián se subió al auto y así lo condujo hasta su casa, un departamento de tres ambientes en un barrio coqueto y silencioso, bien ubicado. Julián se desplomó sobre la cama, durmió todo lo que necesitaba dormir y cuando se despertó era de noche y la cena estaba lista. Comieron hablando un poco de todo, poniéndose al día como se suele decir en estos casos y el viejo compañero lo invitó luego a una reunión de argentinos en un departamento a pocas cuadras de su casa; él siempre iba, podían ir caminando. El convite en cuestión era una reunión de pibes que se congregaban en torno a un televisor para ver partidos viejos de Boca Juniors en VHS. Como los partidos nuevos no se transmitían en Israel, a pesar de la copiosa inmigración argentina que era palpable en las calles y en los negocios, no les quedaba más opción que ver una y otra y otra vez los mismos goles de fines de los noventa

y principios de los dos mil. Esos VHS eran para ellos una reminiscencia del paraíso. Lo que impresionó a Julián fue que esos hombres de su edad, estrictos contemporáneos suyos, que recién estaban saliendo de la adolescencia, ya conjugaban su vida en pasado y habían anulado deliberadamente el presente. Habían edificado además un mundo de fantasía en el que todavía vivían en Argentina, un universo paralelo hecho de nostalgia y objetos en desuso. Cuando volvieron a la casa de su viejo compañero, este le dijo a Julián que a la mañana siguiente se iba a trabajar, que le dejaba una llave para que pudiera entrar y salir de la casa y que a la noche lo iba a llevar a otra reunión, en el departamento de uno de los argentinos de los que se acababan de despedir.

A la mañana, cuando se despertó, tuvo una revelación fulminante: se tenía que ir de ahí, se tenía que ir ya, a donde fuera, como fuera. No iba a aguantar un día más en esa ciudad. Metió su ropa en una valija y salió a dar una vuelta por el barrio, atento a la aparición de alguna agencia de viajes, que finalmente encontró varias manzanas más lejos. No tenía mucho dinero y sólo disponía de unos cinco días libres, así que la empleada de la agencia redujo el vasto planeta a tres opciones materializables: Barcelona, Estambul, Londres. Qué difícil. Todos los destinos eran igualmente exóticos para él, pero no era exotismo lo que buscaba sino una cierta mística que Tel Aviv no le estaba pudiendo ofrecer y que la capital inglesa prometía en exceso —Carnaby Street, Candem Town, Bloomsbury, el East End—. Compró entonces el pasaje y la mujer que se lo vendió le advirtió que tenía apenas dos horas para llegar al aeropuerto; el avión ya salía. Volvió entonces, raudo, al departamento, y se dio cuenta de que no podía dejar las llaves en la mesa de la cocina, como había pensado que haría, porque las necesitaba para abrir la puerta de calle. Le dejó entonces una nota que decía así: “Me fui a Inglaterra. Perdón. Te dejo las llaves escondidas en un cantero que hay al lado del árbol que está acá en la esquina, justo en la puerta de la heladería. Gracias por todo y saludos a los muchachos. ¡Perdón!”.

* * *

Llegó a Londres a las once y media de la noche, un martes de invierno. Era casi imposible encontrar una ciudad más vacía, una ciudad tan en blanco y negro como esa. El tren lo dejó en la estación Victoria, en el centro mismo de ese laberinto y a pasos de ahí encontró un hotel no demasiado caro en el que pasar esa primera noche. A la mañana siguiente desayunó en un café del barrio (todo le parecía increíble) y buscó un locutorio desde donde escribirle a Florencia. No estaba seguro si ya la extrañaba, había un recuerdo más bien físico, se habían adaptado a la presencia ininterrumpida del otro y ahora él le hablaba mentalmente, comentaba con ella las cosas que veía, era su interlocutora fantasma. Cuando se sentó frente a la computadora se sintió un poco incómodo. Era la primera vez que le escribía y no sabía muy bien qué tono adoptar. Hasta el momento se habían comunicado en una lengua oral que era sólo de ellos, construida con sobreentendidos y guiños imposibles de capturar en el papel. Le dio la impresión de que algo se iba a morir si lo escribía. Entonces le mandó solamente esto: “Estoy en Londres, rarísimo, después te cuento todo, voy a acumular experiencias y después te las voy contando muy de a poco”. No puso que la extrañaba, ni que la quería, ni que le hubiera gustado que ella estuviese ahí con él. Le dio vergüenza hacerlo y decidió que lo mejor entonces era no escribirlo. Una decisión típica de él que era, por supuesto, desacertada.

* * *

En Londres hizo lo que se suele hacer. Conoció museos, peatonales, bares y edificios antiguos. Compró discos, remeras y postales. Comió pescado y papas fritas. Caminó.

* * *

Lo importante es tener un tema en común, un tópico sobre el que apoyarse. Afortunadamente, esos diez días en Israel todavía estaban vivos, eran una materia caliente sobre la que charlaban una y otra vez y encontraban mil variaciones del mismo tema. Cuando Julián volvió a Buenos Aires, se vieron primero un sábado, después un miércoles y

un sábado, y cada semana fueron agregando un nuevo día a su calendario de pareja hasta que terminaron viéndose casi todos los días. Sin embargo, había algo perfectamente insular en su relación, como si fuera un elemento anómalo que no se tocara en absoluto con los otros elementos de sus respectivas rutinas. Julián estudiaba historia en la UBA, aunque le gustaba escribir y prefería los libros de literatura a los de historia. Vivía con su madre en Villa Crespo y tenía dos grupos de amigos, los del colegio secundario y los de la facultad, un grupo viejo y un grupo nuevo que también constituían universos paralelos. Los amigos del colegio eran más excéntricos y más inocentes; los de la facultad eran más intelectuales y más afectados. En su familia estaba su madre, el padre que vivía solo hacía ya algunos años y la hermana que poco tiempo atrás se había ido de la casa. Ese era el rompecabezas de su vida, que no tenía mayores misterios y que era tan común como puede ser cualquier biografía de clase media en la Buenos Aires de principios del siglo XXI.

Florencia vivía con su hermana en una casa en Paternal. Eso ya era raro; él casi no conocía a nadie que a esa edad no viviera con sus padres y menos a dos chicas, hermanas, viviendo juntas. Quizás no era tan poco frecuente, pero su experiencia y sus referencias del mundo eran verdaderamente acotadas: había ido a un colegio privado que, además, era un colegio judío, así que su reciente adolescencia se había desarrollado en un gueto adentro de un gueto. La Paternal, de hecho, era en su pequeñísimo imaginario burgués algo así como el extrarradio, el campo abierto. Cuando fue a conocer su casa por primera vez se dio cuenta de que no, de que ese era un barrio perfectamente poblado, correctamente edificado y criteriosamente iluminado. Su casa era un departamento de tres ambientes con muy pocos muebles, en claro contraste con las casas familiares que estaban siempre llenas de cosas innecesarias. La primera vez que él la visitó ahí era de día y la luz del sol incrementó su timidez. Recorrió la casa con enorme cautela, reconociendo un territorio nuevo y tratando de encontrar las palabras justas, el comentario preciso ante cada cosa que veía. A Julián le gustaba Florencia, le gustaba mucho, y por eso su miedo y su timidez eran mayúsculos, caminaba por una cuerda floja y

no tenía idea de cómo se empezaba una relación. Se diría que la relación ya había empezado hacía varias semanas, cuando se subieron al avión que los llevaría a Oriente Medio, pero no: la historia empieza siempre cuando están solos por primera vez en la casa donde vive alguno de los dos. Esa tarde fue entonces fundacional en muchos sentidos. Cada uno expuso su vida de modo general, dejando los detalles para más adelante, y el otro lo escuchaba con ese tipo de atención que prodigamos para mostrarle a nuestro interlocutor que nada en el mundo puede cortar nuestra concentración. El currículum de Julián en materia amorosa estaba en blanco, nunca había salido con una chica y apenas había tenido sexo con un par, un poco de casualidad pensaba él. Algo es algo, se repetía a veces, aunque era notorio que la gente de su edad ya detentaba un pasado amatorio mucho más tupido y salvaje. En esa conversación, sin embargo, inventó algunas cosas, fraguó mínimamente su currículum porque le daba vergüenza la verdad. No quería que ella lo viera como un chiquilín, como un niño que recién está saliendo de la pubertad. Ella, en cambio, había salido durante apenas un mes con un hombre más grande, una relación aparentemente más platónica que erótica; un hombre que se fue volviendo misterioso porque hubo pocas precisiones y él tampoco preguntó demasiado, un hombre del que sin embargo quedó claro que no la había tratado muy bien y que le había dejado una marca fuerte.

Esa primera tarde en casa de ella terminó con ellos dos buscando alguna película buena en cable, que nunca apareció. Se conformaron con una comedia de los años ochenta que habían visto mil veces. Tampoco hubo sexo.

* * *

Han dicho (han escrito) que hay una equivalencia lingüística entre el amor y la guerra. En los dos casos se trata de conquistar, raptar, capturar.

* * *

Era sábado a la noche. Quedaron en verse en la casa de ella, alrededor de las nueve. Era una noche importante pero todavía no lo sabían. Comieron unas empanadas y tomaron un poco de cerveza, no demasiada; sus excesos eran más bien módicos. Hablaron de música. Ella repasó sus discos preferidos del rock nacional (Charly García, Fito Páez, Spinetta) y él se inclinó entonces por un plantel de bandas y no de solistas (Los Redondos, Los Rodríguez). No se ponían de acuerdo respecto de cuál es el disco más importante de la historia, el mejor (aunque no es lo mismo). Julián puso su voto a favor del Álbum Blanco, como siempre, argumentando que ahí estaba toda la historia del rock en miniatura y despojada de ornamentos, al hueso.

En cierto momento de la velada se tiraron en la cama para mirar la televisión. Ella apagó la luz, él se acercó un poco más; había más torpeza que arrojo. Se diría que se fueron desvistiendo de un modo deliberadamente pausado, como si cada prenda de ropa fuera en realidad la capa geológica de un viejo prurito. A pesar de la lentitud, para ellos todo fue muy rápido y confuso, como una sucesión medio caótica de fotogramas sueltos. Cogieron una sola vez, mientras desde el televisor se escuchaba la voz de un entrevistador que le hacía preguntas a un deportista. Cuando Julián acabó, escuchó que el deportista estaba diciendo que su máximo anhelo era ganar una medalla olímpica y que toda la vida se preparó para ese momento. Pero lo que importa no fue lo que pasó antes ni lo que pasó durante el sexo, sino los minutos inmediatamente posteriores. Los dos estaban visiblemente conmovidos, era lo único que les faltaba hacer y en cierto modo significaba una confirmación. Se vistieron a medias, por pudor, y se quedaron tirados en la cama, todavía recuperando el aliento. Entonces Florencia se incorporó, apoyó la espalda contra la pared, lo miró a los ojos y le dijo:

—Acabo de perder la virginidad.

Silencio.

—¿No me decís nada?

—Es que no lo puedo creer. ¿Cómo no me avisaste?

—No habíamos tocado el tema y además no me parece nada tan tremendo —se defendió ella.

Julián asimiló la información lentamente. La virginidad era una especie de fantasma generacional, una montaña alta y de ascenso peligroso que sólo un alpinista entrenado (pensaba él) podía conquistar. Le dio la mano, no estaba enojado, para nada, sólo un poco confundido. El silencio era intenso y se hizo una larga pausa que sólo ella estaba autorizada a romper. Hasta que la rompió.

—Fue increíble, y me alegro de que haya sido con vos.

* * *

Se podría decir que ya se conocían muchísimo, no sólo cada uno se sabía el currículum del otro sino que podían prever sus reacciones y ahí estaba el signo más fuerte del enamoramiento: lo que más les gustaba del otro eran justamente esos momentos en los que se mostraba igual a sí mismo, la repetición de los gestos que una persona produce sin darse cuenta. Florencia se asustaba siempre cuando escuchaba algo que se pareciera a un llanto (el chirrido de un neumático contra el pavimento, el maullido de un gato en celo). Julián tendía a quedarse dormido en el cine. Siempre se dormía en el cine; era un cronómetro perfecto: a los quince minutos empezaba a cabecear, aunque lo que estuvieran proyectando fuera la mayor de las obras maestras. Su teoría era que la oscuridad y el clima de la sala lo retrotraían a un estado nonato, lo proyectaban directamente al interior mismo del útero materno. Ella decía que le molestaba, pero los dos sabían que en el fondo le producía una cierta ternura.

Había, sin embargo, dos grandes misterios en la vida de Florencia que se fueron agigantando a medida que pasaba el tiempo. Una de esas intrigas era su ex novio, que era el cantante de una banda para la que ella trabajaba. Florencia era mánager de un grupo que tocaba *covers* de canciones conocidas en fiestas de toda índole (casamientos, comuniones, cumpleaños de quince). El grupo se llamaba Re Versiones. El hombre en cuestión era el cantante y guitarrista central, lo que le aportaba una mística innegable de frontman, aunque el contexto de sus recitales fuera un Bar Mitzva lleno de chicos granosos de 13 años. El rockstar en cuestión era, además, más grande que ella y

eso lo dejaba a Julián en una posición incómoda. ¿Cómo competir con alguien que ya tenía mucha más experiencia acumulada y que además tocaba rock and roll? Ese era su razonamiento, lo pensaba así, en términos de competencia. Creía que ella hacía la comparación todo el tiempo, frente a cada mínima escena cotidiana, y en la comparación él siempre perdía por knock out. El problema central estaba en que el rockstar en cuestión era una figura al mismo tiempo presente y ausente, y eso tensaba aún más la cuerda de la paradoja. Julián sabía que ella lo veía un par de veces por semana, por razones laborales, pero él nunca se lo cruzaba y eso lo fue elevando a una categoría inalcanzable. Florencia hablaba mal de él. Decía que era un manipulador, un cínico, una mierda de persona. ¿Había que creerle? ¿Esa inquina no ocultaba en realidad un inmenso y desesperado amor? Quizás de este modo Julián descubrió los celos, que se apoyan siempre sobre una base fantasmal y crecen de un modo descontrolado, como una plaga, como una epidemia. Con el tiempo aprendió a manipular ese sentimiento en el otro, porque llega un momento en el que los celos se vuelven un juego: uno dice cosas que sabe que al otro lo van a detonar, y es un ejercicio que al mismo tiempo provoca risa y dolor. "Ayer me llamó una amiga tuya y salimos un rato a tomar un helado", le decía él, por ejemplo, y el asunto arrancaba:

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué te llamó?

—Porque le gusto, seguramente.

—¿Y a vos te gusta ella?

—Y… está bien, sí, qué sé yo.

—¿Es más linda que yo?

—No sé, depende el día.

—Sos un boludo. ¿Y te la cogiste?

—Un caballero no tiene memoria. Pero fue hermoso.

—Bueno, andate con ella y váyanse a la mierda.

El otro misterio en la vida de Florencia tenía que ver con sus padres. La madre era una figura más bien esquiva, que vivía un poco aislada. El padre sobrevivía haciendo changas y tenía mayor influencia en la arquitectura familiar, pero Florencia no lo integraba demasiado, prefería por alguna razón verlo sola. Nada explicaba, sin embargo, la

excesiva reticencia de Florencia a hablar de ellos. Quizás hubiera ahí, pensaba a veces Julián, una especie de trauma, una herida. En su contexto general de clase media, ninguno de sus amigos vivía solo a los 19 años; la sobreprotección o la falta de holgura económica los retenía en el nido materno varios años más. Pero ella se había ido de chica, y posiblemente en esa escena imposible de reconstruir estaba el origen de su secreto familiar. Algo gravitaba en torno de un centro vacío. Para él, sin embargo, criado en un mundo sin grandes desgarros, había un resto peligroso y fascinante en esa confusión, un abismo que la convertía a ella inmediatamente en una mujer de mundo.

* * *

¿Hay más para contar? ¿Qué es lo importante y lo relativo en una historia de amor? Hacían sus cosas, las cosas que hacen dos chicos de 18, 19 años en una ciudad latinoamericana. Nada era extraordinario, pero para ellos era todo intenso y apasionado. La relación crecía y al mismo tiempo se iba ajando, porque siempre estamos en proceso de perder algo.

* * *

Una mañana se despertaron y Julián le dijo que quería ir a ver a la banda con la que ella trabajaba. Tenía ganas de escucharlos en vivo y además ver un poco cómo era su trabajo. Ella vaciló; la propuesta la descolocó, pero se recompuso de inmediato y le dijo que sí, que claro, que encantada. Organizó todo y lo citó para diez días después, un viernes templado a medianoche en un casamiento en Pilar. Ella en realidad no iba a todas las fechas, no era parte de sus obligaciones apersonarse en cada uno de los espectáculos del grupo, pero cada tanto iba y es innegable que eso generaba en Julián el morbo de lo desconocido. Como una perfecta maestra de ceremonias, el contexto que eligió para que él viera a la banda era hermoso: jardines verdes, gente tomando tragos deliciosos, una fiesta posiblemente mucho más interesante que el promedio de celebraciones en las que se

presentaban.

Tomaron algo, comieron, circularon un poco entre la gente mientras la banda concentraba y se preparaba en un camarín que improvisaron detrás de la cocina. Ella entró dos veces a ver si estaba todo bien, si necesitaban algo, y él la esperó en los jardines. Estaba contento, casi relajado, aunque debajo de esas aguas calmas se escondía la evidente razón por la que estaba ahí: quería ver al ex novio de ella cara a cara, a ese ícono del rock and roll esgrimiendo el instrumento en pleno escenario, una figura altiva e incendiaria en el centro ardiente de la música eléctrica. Ella sabía que esa había sido la principal y única razón por la que estaban ahí, pero no dijo nada. No había nada para decir. El hecho trascendía el lenguaje, entraba en el plano de la pura constatación visual.

Alrededor de la una de la mañana, un animador de traje y moño agarró el micrófono y anunció: “Señoras, señores, damas, caballeros, acérquense a la pista para bailar los clásicos que todos conocemos, las mejores canciones de todas las épocas. Con ustedes… ¡Re Versiones!”. Y salieron. Sonó el acorde dilatado de una guitarra, cortando el aire de un modo estridente y chillón, y aparecieron cinco hombres comandados por un señor ya bastante mayor al que las zapatillas rotas le conferían un patetismo profundo. Todo eso que Julián había imaginado a lo largo de los meses, ese lugar altísimo en el que su imaginación febril lo había colocado al ex novio de Florencia ahora se caía al piso en apenas segundos. Una catedral se desmoronaba. Aquel era un hombre derrotado, de mirada vidriosa, de poca intensidad. Las canciones no estaban mal, las tocaban con un riguroso apego a la versión original, pero la sensación fue como la de un hombre que espera durante toda su vida para ver un cuadro de Van Gogh en un museo famoso y cuando al fin llega le ofrecen un póster en la tienda de entrada, porque la sala está cerrada. Un póster bien hecho, es cierto, pero un póster, nada más que una lamentable reproducción. Julián sintió un deshielo. La miró a Florencia, que sostenía una copa a su izquierda, y ella le devolvió una sonrisa brevísima que lo decía todo.

* * *

Hay parejas que se conocen y a los dos meses están viviendo juntos. Todo se puede leer como una sucesión de cables de una agencia de noticias: se conocen, se enamoran al extremo, ella se instala en la casa de él de un día para el otro; encuentran formas propias de la convivencia y de la felicidad, cocinan platos raros, fuman porro, toman vino blanco; todas las noches se pelean y se reconcilian, con el tiempo las peleas son cada vez más largas y más crudas y las reconciliaciones son inolvidables; planean viajes a Europa, cruzar América en auto o perderse en el sudeste asiático; miran programas de chimentos comiendo comida chatarra, salen a buscar helado a las tres de la mañana, se despiertan al mediodía; arman reuniones, fiestas; viven al ritmo exacto de su edad, su vida es un catálogo de maravillas, la velocidad parece salvarlos de la alquimia lenta de la erosión. Entienden el amor como el extremo de las pasiones. Hasta que un día todo se acaba. Sucede rápido, con la misma falta de razones visibles con la que empezó. Uno de los dos quizás siente que la intensidad está decreciendo y genera peleas estúpidas, inexplicables. Le tiene tanto miedo a la estabilidad que se vuelve infantil: no lo deja vivir al otro. Las discusiones son cada vez menos tolerables hasta que una noche la presión produce un estallido. Ella se va, hace el duelo, él sufre un poco más pero con el tiempo vuelve a salir y se recupera. Todo fue como una estrella que cortó el cielo y se apagó sobre el horizonte.

Otras parejas, en cambio, hacen un camino lento y mesurado, perfectamente estructurado. Se conocen en una fiesta y se someten mutuamente a dos, tres, cuatro citas de reconocimiento hasta asegurarse de que hay un terreno firme para dar el siguiente paso. Cada etapa es la preparación tácita para la siguiente. A los tres meses de estar saliendo empiezan a incorporar al otro a los círculos que armaron antes de la relación: los amigos, la familia, el trabajo. El primer año no se van juntos de vacaciones, el segundo sí. Al tercero se mudan; buscan una casa que no sea ni la de él ni la de ella, porque quieren empezar en un lugar nuevo, que no tenga historia. Miran películas, piden comida, reacomodan las cosas, siguen armando ese

espacio compartido. Alguno en cierto momento tira el nombre de un posible hijo, en un juego inocente o no tanto. Sus charlas son cotidianas, de cosas de la casa y los trabajos, pero se esfuerzan por encontrar siempre algún momento para hablar de algo más "profundo". Cada tanto él trae un regalo inesperado, algún detalle que a ella le encanta. Todo se va cocinando a fuego lento para que nada se queme. Y un día aparece una grieta, una mínima fisura, acaso imperceptible para alguien que no está del todo atento, pero ya imparable. Y de nuevo no importan las razones, que son siempre nada más que una excusa y son lo que primero se olvida. Ella empieza a llorar por las noches porque siente, y nadie le puede extirpar esa sensación, que ha perdido el tiempo con ese hombre, que en realidad el camino que tan prolijamente han ido construyendo no conducía a ningún lado, era un callejón cerrado. O tal vez es él quien se va angustiando; esconde su frustración, trata de maquillarla, pero nada se puede esconder durante mucho tiempo. Uno de los dos busca entonces alguna relación paralela que le devuelva la adrenalina y el vértigo que creen haber perdido. Quizás en el fondo los paralizó la inmensidad de sus deseos. Poco a poco, entonces, la casa se va convirtiendo en un hábitat de desgracias. Empieza una guerra de desgastes de la que ninguno saldrá ileso.

* * *

Se ha dicho que no son las alegrías las que traman una vida de felicidad ni son las desdichas las que hacen una vida infeliz, sino que hay un tejido fino e imperceptible, hecho de banalidades, que es el que decide todo.

* * *

Hay que examinar la caja negra: sólo así, entre los escombros, quizás se pueda aislar alguna prueba de los momentos previos a la separación.

Pero lo cierto es que es imposible aislar una escena definitiva de cómo la relación de Florencia y Julián se apagó, porque en efecto no

la hubo. Fue más bien una larga sucesión de pequeños conflictos, al principio triviales y completamente intrascendentes, que se resolvían con un chiste o con un beso, pero que por su repetición se fueron convirtiendo en piedras pesadas. Diríamos que no supieron lidiar con esos pequeños escollos: eran inexpertos y por eso fracasaron brutalmente en todos los intentos por recomponer lo que era fácil de recomponer. O no. O quizás no era tan fácil. Julián pensaría años después que la relación con Florencia era insalvable porque tenía un techo claro y porque a partir de cierto punto de la historia se empezaron a interesar por cosas distintas. Julián prefería salir los sábado con sus amigos; tenía, por qué negarlo, más temas de conversación con ellos que con Florencia. Ella también conoció gente nueva y no se los presentó a Julián: los suyos ya eran dos ecosistemas aislados, que funcionaban de modo autónomo.

Florencia se fue de vacaciones con sus nuevas amigas y cuando volvió estaba realmente cambiada: a Julián le costó reconocer ciertos modismos e incluso tenía una manera distinta de moverse y de mirarlo. Ahí, exactamente ahí, cuando la vio hacer algo que ella nunca hacía (un gesto apenas, un movimiento de las manos) se dio cuenta de que la pareja estaba en su fase terminal. Ese viaje de sólo un mes parecía de pronto un viaje a otro tiempo, a un país terrible y remoto que se devoró a la Florencia de la que él se había enamorado (esa chica un poco tímida y voladora que citaba a *Los Simpsons* en cada conversación, dormía hasta tarde y se reía de todo) y le devolvió a esta otra persona, que seguramente era genial pero que era otra persona, alguien que ya no tenía las huellas de esa historia que habían erigido. Una historia pequeñísima, modesta, apenas un segundo en la historia de la humanidad, pero que para él había sido la más épica y más intensa del mundo. Era la caída de un reino compartido, un reino demasiado breve. Cuando ella volvió y ya se hizo evidente que no había puntos de acuerdo ni la voluntad por tratar de generarlos, tuvieron una charla en un café —era febrero, hacía calor y la ciudad se cocinaba bajo el brillo impávido de las estrellas— y decidieron separarse, pero los dos sabían y todavía saben que ese viaje no fue, de ninguna manera, la razón de su quiebre, porque el final de una

relación como la de ellos, una primera relación, no se termina por un hecho puntual sino porque se tiene que terminar. El primer amor tiene un techo, no hay vuelta: se conocieron cuando tenían 18 años y cuando cortaron tenían un poco más, pero quedó la sensación de que había pasado un tiempo desmesurado, casi imposible de cuantificar, y que ese tiempo se había agotado naturalmente.

En ese bar de la ciudad de Buenos Aires tomaron varios cafés y charlaron un poco de todo. Salieron a la calle después de medianoche y un aire benévolo limpiaba por fin el clima denso del verano. Se despidieron con un abrazo y él se quedó parado. Quería decir algo más pero no sabía qué. Le preguntó cuándo se iban a volver a ver y ella no le contestó: su silencio era un triste recordatorio de su separación. Se dieron un abrazo más y ella giró y se fue caminando hacia algún lugar. Así la vio irse, aérea casi, intocable, mientras el viento del sur bajaba la temperatura de la ciudad caliente.

DOS

¿Por qué, a partir de cierto momento, Julián ya no puede estar solo? ¿Qué extraña patología lo empuja a buscar una pareja casi inmediatamente? No lo sabemos, pero lo cierto es que al poco tiempo de terminar con Florencia, conoce a Laura. Las circunstancias de ese primer encuentro son, como siempre, casuales. Uno de los dos grupos de amigos de Julián —los del colegio secundario— de pronto, casi milagrosamente, conoció a un grupo de chicas, un poco más jóvenes que ellos. Todo era un cliché de la adolescencia: se quedaban toda la noche escuchando discos, fumando porro, usaban remeras de rock, casi no tenían trabajo porque vender su tiempo les parecía absurdo y horrible. Y se veían todos los días, porque la edificación de un grupo de amigos es también un apostolado, un trabajo de una enorme rigurosidad.

Cuando los dos grupos —el de ellos y el de ellas— se mezclaron, hubo un primer momento de adrenalina y de confusión. Era evidente que se iban a armar un par de parejas, aunque fuesen sólo “amores de verano” o intentos fallidos, pero nadie había ensayado para ese momento y por lo tanto algunos quedaron disconformes en la repartición. A Julián le gustó una morocha bastante rockera, que usaba camperas de cuero y remera de Siouxie and the Banshees, labios gruesos y pintados de rojo pasión, era todo un cuadro expresionista. El problema fue que a todos les gustó la misma chica. Era predecible. La noche de navidad se armó una fiesta en la casa de la madre de Julián, que estaba de viaje. En algún momento de la trasnoche él se dio cuenta de que un amigo se había ido a la habitación con la morocha rockera y de ese modo se sellaba un conflicto tácito de intereses. Minutos después fue a la cocina a buscar algo y lo emboscó Laura, que andaba boyando por ahí. Laura tenía muy buena onda, era una chica petisa y de pelo lacio que se vestía con atuendo punk (el grupo completo era un perfecto círculo cromático de estéticas: estaba la

glam, la punk, la rockabilly, la moderna, etc.). Usaba botas ajustadas y pantalón negro, tenía las uñas pintadas de un modo desprolijo y la piel era de una blancura extrema, completamente reactiva al sol. Tenía buen gusto, se vestía bien, tenía onda. Pero a Julián mucho no le interesaba; le parecía la mejor de todas para charlar, tenía una risa espectacular (sonora, auténtica, emocional), sabía de bandas inglesas, leía de todo, pero por razones intransferibles no le gustaba para estar con ella.

Y sin embargo, a los pocos días ya estaban prácticamente noviando. Es un poco inexplicable pero es así. Quizás a Julián lo sedujera la idea de una relación tranquila, en cierto modo desapasionada, una relación de amigos con esporádicos arranques sexuales. Un noviazgo de transición, un puente. La vida no puede ser una sucesión ininterrumpida de hitos dramáticos; si la vida de Julián fuera una novela tal vez el narrador decidiría omitir esta relación, la juzgaría prescindible, pero su vida no es un texto —no es *únicamente* un texto — y por eso después del amor inicial vino este momento intermedio, de calma. Al principio, se diría que lo empujó una inercia. ¿Cómo se explica, si no, que después de darle un beso a una chica a la que no tenía intención de darle un beso termine de novio con esa misma chica, con la que no tenía muchas ganas de ponerse de novio? Cuando se dieron ese beso y tuvieron un primer escarceo sexual, torpe y algo frustrante, los padres de ella, con los que vivía, estaban de viaje. Como su departamento era grande, más bien enorme, incluso impresionante, organizaba fiestas y reuniones todos los días y Julián y sus amigos prácticamente se instalaron ahí. Había motivos edilicios: era verano, no tenían nada que hacer y encontraron en ese lugar generoso un buen punto de confluencia, un espacio con aire acondicionado en el que se podía aparecer a cualquier hora y donde se podía escuchar música tirados en la alfombra sin interrupciones. Además, las chicas les caían muy bien, se había armado algo interesante para todos. En ese contexto, la recurrencia hizo que terminaran formando una pareja; en definitiva, ya se veían todos los días, así que por qué no.

El noviazgo de Julián y Laura duró exactamente un año: de verano

a verano. Tenían 21, 22 años y se veían casi exclusivamente a la noche y en general en casa de ella. Vivía con su familia en el barrio de Colegiales, en el piso veinte del edificio más alto de la zona, completamente remodelado en un estilo racionalista, un departamento en las alturas lo suficientemente amplio como para que allí se esconda un prófugo y viva durante años sin que lo descubran. Desde ahí arriba y sólo de ahí arriba, Buenos Aires era una ciudad silenciosa. El departamento se dividía en Alas: el Ala Norte era de Laura (a lo lejos se veían las autopistas que enmarcan el fin de la capital), el Ala Sur era de los padres (dos dormitorios, uno para para dormir y el otro que oficiaba de biblioteca) y el Ala Oeste, que era de la hermana mayor y de donde no salía jamás, una zona oscura a la que Julián nunca accedió. En ese sentido, la disposición del vasto metraje armaba islotes, pequeños departamentos bajo un mismo techo. Los días de Julián en ese lugar eran como una convivencia muy lejana con los padres de ella, a los que infería todas las noches (los escuchaba moverse a lo lejos, a veces cenaban juntos, se cruzaba a alguno de ellos en la cocina preparándose un café) pero con los que no se podría decir en términos técnicos que convivieran. Ellos quisieron a Julián inmediatamente, sin reparos, e hicieron todo lo posible para que él se sintiera integrado y cómodo en esa familia. Eran buena gente, de intenciones nobles, y querían que su hija estuviera con alguien de su edad, que estudiara una carrera, que la tratara bien. Nada más. El padre de ella, un hombre que siempre estaba contento, quizás se mostraba demasiado dispuesto a hacer todo para que su hija tuviera un novio y que ese noviazgo funcionara. Ese deseo no era excesivo ni entorpecía las cosas, pero cuando Julián lo percibió —hacia el tercer mes— le pareció desproporcionado y ya no pudo dejar de sentir una terrible presión: la de toda una familia que quiere que él esté con su hija. Iban pasando los meses y todo estaba bien, no se peleaban ni discutían, les gustaban las mismas cosas, podrían haber estado así hasta el fin de los días, mirando películas, saliendo a dar una vuelta por el barrio, comiendo helado y chocolates, comportándose como personas burguesas sin mayores conflictos morales. Pero Julián necesitaba una mínima resistencia contra la que combatir, aunque ese

combate fuera pequeño y ridículo y muchas veces sea una ficción que se inventa la pareja para sentir, de modo dramático, que el mundo está en su contra y que ellos tienen que redoblar la intensidad de su amor para proteger ese tesoro precioso.

Había pasado muy poco tiempo desde que Julián se había despedido de Florencia en esa esquina húmeda de Buenos Aires, y si bien la irrupción de este nuevo grupo de chicas había cambiado bastante las cosas y había acelerado la ilusión de que su relación anterior era ya algo remoto, inevitablemente su cerebro no había hecho una escisión definitiva y por momentos las "mujeres de su vida" (dos, al momento: una multitud) se le superponían. Se generaban en su cabeza momentos de caos: si Laura le decía algo y él no la estaba mirando, podía llegar a pensar que la que le había hablado era Florencia. Cuando estaban cogiendo, a veces él abría los ojos y, ay, se daba cuenta de que la que estaba ahí era Laura y al menos sentía el alivio de no haberle dicho "Flor" en voz alta, que en ese momento habría sido un error fatal. El problema era que cuando una de esas confusiones acontecía, quedaba de manifiesto que no era sólo una cuestión temporal (la cercanía, todavía caliente, de su noviazgo con Florencia) sino algo más estructural, más de fondo: el recuerdo de Florencia era intenso, fundacional, una versión nítida y sin vacilaciones del amor; el presente con Laura era, en cambio, algo cómodo y fácil pero que para él no tenía la complejidad y la emoción que había conocido el año anterior. Todo esto se le fue revelando hacia el cuarto, quinto mes desde ese primer beso y esa sombra empezó a opacar todos sus encuentros. Pero lo complicado del asunto era que a medida que en él se instalaba ya definitivamente la sensación de que no le interesaba estar ahí y de que la "relación puente" no puede perdurar mucho más allá de unos meses, veía que Laura estaba plenamente involucrada (¿enamorada?) y que no percibía o no quería percibir esas vacilaciones diarias de Julián. Era un problema, un problema importante, no había dudas, y el asunto cobraba de pronto una urgencia real; cuanto más tardara Julián en terminar de asumir que esa relación ya no iba para más, y en empezar entonces a asimilar que tenía que estar solo el tiempo que fuera necesario, y en pensar

entonces cómo hacer para anunciarle todo esto a Laura, más se acomodaba ella en la relación, más sentía, con razón, que si pasaban los meses y ellos seguían juntos, estaba todo bien y la relación tenía un hermoso y longevo porvenir. La situación se fue volviendo terrible, porque en cierto momento ya era innegablemente cruel: Julián era al mismo tiempo un protagonista y el único testigo que podía ver el cuadro completo de la situación. Un cuadro que mostraba a una pareja en la que uno de los involucrados ya no quiere seguir y el otro ni siquiera lo sospecha. La historia se había envenenado y la cobardía de él ya era flagrante. Eso ya no era una relación, era una enfermedad. Julián sabía que cuanto más dejara que la situación "decantara" sola, más trabajoso iba a ser todo después. Para esa época se juntó con su padre, una noche, en una parrilla de Villa Crespo y le transmitió una versión condensada pero lo suficientemente precisa de su presente amoroso. Era la primera vez que contaba todo y eso lo alivió. "Hay que cortar de raíz", sentenció su padre y la frase se le clavó en el cerebro como una estaca.

Pasaron uno, dos, tres meses más en ese estado insostenible y Julián no se animaba a cortar de raíz la pareja. Lo que había empezado como un yuyo ya era un árbol pequeño, anclado al suelo con una solidez considerable, y si dejaba pasar más tiempo se iba a convertir en un árbol firme, robusto, que sólo se puede talar con una sierra eléctrica que haga estragos. Llegó entonces el verano y Laura le preguntó a dónde se iban a ir de vacaciones, asumiendo naturalmente que iban a pasar el verano juntos y que la relación estaba en un momento óptimo e ideal como para dar ese paso. ¿Pero era realmente así? ¿Laura no veía lo que le pasaba a Julián o estaba, más bien, haciendo un esfuerzo conmovedor para que el globo no se desinflara ni se pinchara y su invitación a irse de vacaciones era, en definitiva, su último gran intento para revertir un rumbo que parecía llevarlos a una inminente disolución? Difícil de saber.

El destino consensuado fue Bariloche. Julián no se animó a cortar ahí mismo, en diciembre, cuando todavía era decoroso; tanto miedo le daba enfrentar esa situación que aceptó irse de vacaciones y colaboró de modo cívico en la elección de un lugar y en la búsqueda de

alojamiento. El viaje constaría de quince días divididos en dos zonas: una semana en la propia Bariloche y la otra semana en Villa Traful. El viaje en micro fue insoportable porque comprobó, a los pocos kilómetros de haber dejado la ciudad, que lo que había hecho era un error y que iba a ser insostenible convivir durante quince días con una persona con la que ya, enfáticamente, no quería estar. ¿Cómo no lo anticipó? ¿Cómo llevó las cosas hasta ese extremo? Mientras el micro de dos pisos avanzaba por las rutas argentinas y el paisaje viraba de un conurbano abigarrado y ruidoso a un campo abierto, la cabeza de Julián iba a mil por hora. Se había puesto los auriculares y la música lo recortaba un poco de la realidad y lo metía de lleno en sus pensamientos, que eran ya un torrente loco y descontrolado, las acequias abiertas de la culpa y la confusión. Fue rememorando lentamente todo, desde el día en que la conoció a Florencia en la reunión informativa en la previa del viaje a Israel hasta ese punto exacto de la historia, en el que cruzaba el sur rumbo a Bariloche con una chica buenísima de la que nunca quiso ser el novio y con la que estaban hace un año en pareja. Un año… Trató de armar el relato de su vida para encontrar una coherencia, una serie de causas y efectos y llegar así a la explicación definitiva de por qué estaba ahí, de por qué las cosas eran como eran, de por qué él era como era. ¿Qué había fallado con Florencia? ¿Por qué se habían separado? Ahora no lo sabía. Ahora no sabía nada.

Poco a poco se fue quedando dormido.

Cuando llegaron a Bariloche, un día después, se dieron cuenta de que todo iba a ser un poco más raro de lo que pensaban: lo que imaginaban como unas cabañas o un hotel con una pileta pequeña era en realidad un enorme complejo familiar de un sindicato, lleno de niños alborotados y de parejas de viejos empleados que todavía tenían una memoria en primera persona del primer peronismo. Cenaron aquella noche en el comedor, un menú del día que venía incluido en el paquete semanal y Laura se quedó dormida casi inmediatamente después de la comida. Estaba cansada por el viaje. Julián, con su lámpara encendida, se puso a leer la autobiografía de Johnny Cash, un bodoque de unas quinientas páginas, y no pudo parar. Ese libro, que

por otra parte le parecía genial, se convirtió en una especie de paraíso mental: el lugar al que iba para olvidarse del quilombo en el que estaba metido. A partir de entonces tuvo siempre el libro en la mano, releía párrafos, volvía sobre los principios de los capítulos, hacía un camino medio extraño, no lineal, para que nunca se le terminara. Laura lo buscaba pero él estaba completamente reactivo a su presencia, la evitaba de modos adolescentes y un poco bruscos. Se sumó a un grupo de jugadores de paddle y jugó decenas de partidos. Se fue a caminar solo varias veces por día. Hizo deporte, estuvo horas en el agua, durmió siestas, siguió leyendo a Johnny Cash. Sabía que el desenlace era inminente, era imposible sostener esa farsa de pequeñas reclusiones durante mucho tiempo. Y mientras tanto, no lo negaba, lo estaba pasando relativamente bien. En última instancia estaba de vacaciones, en un lugar en el que no tenía que preocuparse por comprar comida (pensión completa), en el que no pasaba calor (pileta), en el que nunca se aburría (deportes). Sabía que estaba haciendo algo mal, que horadar lo poco que para él quedaba de la relación en plenas vacaciones con esta política del silencio y el escondite era horrible, pero no encontraba otro modo de hacerlo. La situación lo sobrepasaba y además se daba cuenta de que ya no había vuelta atrás. No podía reconsiderar su amor, acercarse a Laura, encontrar en ella lo que nunca había encontrado. Entraba a la noche a la habitación y ahí estaba el libro de Johnny Cash, esperándolo, como un amante clandestino y salvaje, como una pequeña estatua de terror.

A la sexta noche, el viento de los vivos lo despertó. Hoy era el día de terminar todo. Lo supo sin matices ni vacilaciones. Fue una convicción fulminante, que lo cargó de un coraje para él inédito. A la tarde habían quedado en salir un poco del complejo y hacer una excursión por ahí cerca, en unos bosques. Caminaron entre árboles viejos, pisaron charcos y llegaron, a la hora del atardecer, a un bar precioso, como si fuera un refugio en la montaña, todo de madera y con un clima cálido y reconfortante, de película de Disney. Se sentaron a una mesa contra la ventana; del otro lado se veía un puente colgante por el que pasaban a veces algunos caminantes, con sus cantimploras y sus gorros, ahuyentando mosquitos. El sol se estaba

perdiendo por atrás del puente y la foto era para recortarla y llevarla siempre encima. Ese era el lugar y ese era el momento, supo de nuevo Julián, y tuvo conciencia de la elegancia narrativa del hecho.

—Che, estaba tratando de encontrar un rato para hablarte de una cosa —arrancó y capturó así su atención, que flotaba sobre el puente y el cielo rojizo.

—Jaja, como si no tuviéramos tiempo. Estamos de vacaciones, no sé si ya te diste cuenta.

—Jeje, sí, pero bueno, es que hubo tantas actividades en estos días que parece como si no hubiéramos podido hablar.

—Eso es porque vos hacés todo. Fútbol, paddle, nadás, dormís, leés. Te armaste una agenda cargadita —le dijo ella y no se lo dijo como un reproche ni con resentimiento. Fue más bien una constatación. Pero aunque el tono no era mortuorio, se empezó a dar cuenta de por dónde estaba viniendo la mano.

—Sí, es cierto, te pido perdón y tiene que ver un poco con lo que te quería hablar.

—Bueno, dale, hablá.

—Nada, es difícil esto para mí. No sé muy bien cómo hacerlo, estoy nervioso. Hace bastante que quiero hablar con vos de esto y no encuentro el momento o no sé cómo arrancar y sé que cuanto más lo voy pateando para adelante, peor.

Ella no dijo nada, ya se empezaba a quedar sin palabras. Julián ahora estaba solo en esto, así que siguió:

—La cosa es que me doy cuenta de que ya hace un tiempo estoy desconectado de nosotros, con pocas ganas de vernos, no sé, no sé bien cómo decirlo. Seguramente ya te diste cuenta y te pido perdón por haber esperado hasta acá para hablarlo, pero antes no sé si no lo tenía muy claro o si no me animaba. Pero creo que quiero que dejemos de estar juntos. Quiero estar un tiempo solo. Siento además que si seguimos va a ser para peor. Prefiero guardar una impresión linda y no seguir hasta que nos matemos y olvidarme entonces de lo bueno que fue al principio e incluso hasta hace poco. Es un tema mío, obviamente. Vos sabés que te quiero, aunque ahora seguro que no te importa un carajo que te lo diga, pero creo que hace mucho que no te

lo decía y te lo quiero decir ahora.

Se hizo un silencio y Julián estaba preparado para recibir el impacto de un estallido de furia, de mil insultos por haberle cortado ahí, en el medio exacto de sus vacaciones, cuando estaban atrapados en un bosque en el medio de la provincia de Río Negro. Pero la reacción fue peor. Laura empezó a llorar muy suavemente, de a poco, con ternura. Se veía que hacía un esfuerzo enorme por no llorar y sin embargo el llanto la vencía, era imposible de controlar. Se quedó en silencio, así, llorando para adentro, apenas ahogándose y mirando por la ventana, con la taza de té que se le enfriaba entre las manos. Julián no sabía qué hacer, la imagen era desoladora y no había modo de revertirla: él, además, la había ocasionado, por supuesto, y esa certeza era horrible. Luego de unos minutos así, larguísimos y sin palabras, Laura le dijo que tenían que decidir qué hacían, si se quedaban los siete días que les faltaban de viaje o si se volvían al otro día. Fue lo primero que dijo y a Julián le pareció admirable. La grandeza de Laura estuvo sobre todo en ahorrarles a ambos esa instancia morbosa en la que se tratan de encontrar las razones de por qué una persona no quiere estar más con la otra, esa especie de trabajo forense sobre el cadáver de una relación.

Acordaron, finalmente, que seguirían con el viaje, imaginando así que amortiguarían, con las bondades de las vacaciones, lo denso del golpe. Como era predecible, esa ficción no prosperó y a los tres días compraron pasajes y se volvieron. En el micro de vuelta Julián se hizo una pregunta importante: ¿Laura no se veía venir todo lo que pasó? ¿Era una gran negadora o en realidad había sucedido algo mucho más enrevesado? Concluyó que sí, que justamente era intrincado lo que había pasado: se llevaban muy bien, no discutían, tenían cosas en común, pero a él no le gustaba y jamás lo expresó. Hizo un esfuerzo mayúsculo para que eso nunca se notara ni mínimamente, para que ella nunca se diera cuenta. ¿El motivo? La culpa. Es increíble cómo puede operar la culpa, atravesando extensiones del tiempo. Él no podía reconocer que ella no le gustaba. Sentía íntimamente que ese no era un motivo noble para dejar de estar con una persona, y de hecho ni siquiera lo podía hablar con sus amigos, tal pudor le daba asumirlo.

Por eso todo fue tan brusco y es verosímil que ella no lo haya visto venir. Tenían 21, 22 años: la edad, posiblemente, lo exima a Julián de culpa y cargo.

La relación se terminó definitivamente dos semanas después, a mediados de febrero. Hacía meses que tenían las entradas para ir a ver a los Rolling Stones y ese objeto era ahora el testigo terrible de aquella dupla ya disipada, así que como tributo a ese año de pareja acordaron, como dos adultos que ya han superado cualquier resquemor, ir juntos. Fue una noche de una lluvia torrencial, el agua cayó con violencia y determinación sobre el escenario durante las dos horas y media del show. Fue un recital inolvidable. La gente estaba empapada y en éxtasis, parecía que la cancha de River se iba a prender fuego a pesar del agua. En el medio del recital se encontraron con un par de amigos de Julián que se les sumaron; él recibió esa incorporación con alivio, porque descomprimía un poco esa noche que ya se estaba volviendo insostenible, haciendo malabares retóricos para no hablar del tema tabú: por qué se habían separado, qué era exactamente lo que no había funcionado. Cuando terminó el recital, después de "Brown Sugar" y una infinidad de papeles picados que cayeron de tubos propulsores desde lo alto de las tribunas, salieron caminando todos juntos y Julián, eufórico, repasó con sus amigos tema por tema del recital, mientras Laura los seguía unos pasos atrás, en silencio, sin interrumpirlos, como una sombra. Los colectivos no paraban, estaban demasiado llenos, y caminaron durante horas sobre el suelo mojado, esquivando charcos. Cuando llegaron a la esquina de la casa de ella, él recién ahí tomó conciencia de lo descortés de la situación, de su prolongado silencio, de que le había dado la espalda durante cuadras y cuadras a la mujer con la que había pasado el último año. Miró para atrás y no la vio. Le pidió a sus amigos que lo esperaran, volvió trotando sobre sus pasos y la llegó a ver a lo lejos, en la puerta de su edificio, buscando las llaves. Todo mojado corrió y llegó a alcanzarla cuando ella estaba poniendo las llaves en la cerradura y girando para entrar.

—¿Qué pasó? —le dijo él.

—Sos un forro —le dijo ella, y entró.

TRES

Si ahora les preguntáramos a Ana y a Julián qué recuerdan de sus días de plenitud, qué memoria iconográfica ha sobrevivido al naufragio, posiblemente los dos mencionarían una fecha exacta, el 9 de julio de 2007. Es casi un cliché: esa noche nevó sobre Buenos Aires y una gran manta blanca ofreció un espectáculo cromático inolvidable para los que viven en la ciudad en la que nunca nieva. Los diarios publicaron en las páginas centrales la noticia y todo se pareció, por un instante, a una fábula antigua, a un cuento ilustrado para niños. Si Julián hubiera encontrado un caballo suelto y una carreta, lo habría usado para buscarla por su casa y conferirle así un mayor anacronismo a la escena, pero lo hizo a pie. Caminaron por el barrio muy lentamente, como extranjeros. Tomaron un té y unas copas en un bar silencioso frente a una plaza pequeña. Seguramente lo recuerden así: en silencio. Una ciudad detenida bajo el hielo y enmudecida. Recuerdan posiblemente el silencio y el blanco marfil, opaco, que lo cubría todo; el blanco es el color del invierno y es el color de todos los colores.

La intimidad de esa postal irrepetible propició una escena de confesiones. Unos días atrás Ana había tenido un atraso en su menstruación y los dos habían pasado días de miedo profundo. No habían especulado qué harían si ella quedaba embarazada; verbalizarlo era asumirlo. Se limitaron a esperar, con la obsesión del que mira las agujas del reloj esperando que llegue la hora indicada, hasta que la hora indicada llegó y Ana se indispuso y lo festejaron con alivio y efusión. Ahora el tema volvía:

—Qué miedo que tuve esta semana, no sé qué pasó.

—Pueden ser los nervios. Cuando lo estás esperando mucho, no viene. El cerebro manda una especie de señal y eso hace que no venga.

—Bueno, habló el científico…

—No, te digo en serio.

—Está bien, te creo. ¿Alguna vez te había pasado?

—Sí, qué sé yo, más o menos, fue distinto, pero sí.

—Dale, nene, hablame bien.

—Cuando era joven…

—Sos joven, boludo.

—Cuando era joven estuve dos o tres veces con una chica. Fue la segunda chica con la que estuve. Yo recién terminaba el colegio y te aseguro que las mujeres ni me registraban.

—No lo dudo.

—En ese momento yo chateaba bastante, porque estaba todo el tiempo en mi casa. Creo que usaba ICQ o alguno de esos chats de la época. Año 2000, ponele. Me conectaba de noche, cuando mi vieja ya estaba durmiendo. Entraba alrededor de las doce de la noche y me quedaba conectado hasta las cuatro o cinco de la mañana. Y una noche apareció esta chica, no me acuerdo muy bien cómo. Había tenido algún flirteo con un compañero mío del colegio, con un pibe de la misma división, así que la registraba un poco de lejos, había escuchado el nombre.

—Flirteo… no escuchaba esa palabra desde 1957.

—Bueno, se lo había cogido, si te gusta más. Y habían quedado medio enganchados o algo así, nunca supe muy bien. El asunto es que la mina aparece en mi chat y me empieza a hablar y chateamos durante varios días hasta que me dice de ir a tomar algo o le digo yo, no sé.

—Con lo lento que sos, te debe haber dicho ella.

—Bueno, a vos te encaré yo, así que no te hagas la graciosa. Pero dejame que te cuente. Digamos que ella me invitó a tomar algo y salimos y después fuimos para su casa. Vivía con su viejo y entramos en silencio, porque era tarde y si se despertaba y nos escuchaba se armaba un quilombo terrible. Fuimos a su habitación y así, medio en silencio, pasó lo que tenía que pasar. Prefiero no ser más explícito por delicadeza.

—Te agradezco la deferencia.

—Unos días después me volvió a llamar y por lo que me decía me empecé a dar cuenta de que me estaba usando para darle celos a ese compañero de colegio del que ella estaba enamorada. Yo al pibe ya no

lo veía más, pero habíamos terminado el colegio hacía poco así que en cierto modo todavía estábamos conectados. La situación era un poco perversa pero, te digo la verdad, yo estaba tan caliente que no estaba para oponer reparos morales. El pibe tampoco había sido un gran amigo mío. Así que me volví a juntar con la mina dos o tres veces más y el sexo era cada vez mejor.

—No te pido tantos detalles.

—La situación con el pibe este al que ella le quería dar celos se empezó a caldear un poco y yo me quise abrir. Y una noche apareció la chica en el chat y me dijo que estaba embarazada. Sentí un escalofrío. Me dijo que no se había indispuesto y que entonces se hizo el test de embarazo y que le dio positivo. ¿Te digo la verdad? Yo estaba muy nervioso pero no le creía del todo, porque ya me venía haciendo cosas para darle celos al otro y había mentido varias veces. Pero esto era mucho más grande. Yo debía tener, no sé, 17 años: me arruinaba la vida. Eso era lo único en lo que podía pensar. No sabía qué hacer. Era una chica a la que casi no conocía, yo todavía no había trabajado ni una vez en mi vida. Esa noche chateamos un rato y no supe qué decirle. Le tendría que haber dicho que iba para ahí, no sé, tendríamos que haber ido a un hospital, no tengo idea. Pero me bloqueé. Ella estaba mal, obviamente. No me acuerdo bien pero creo que quedamos en hablar en un par de días, para pensar un poco. Esos días fueron horribles, casi no dormí, no podía pensar en otra cosa. Estuve por hablar con mi familia pero no sabía qué decirles. Tres o cuatro días después volvimos a hablar, de nuevo por chat, y ella me dijo que “había perdido el embarazo”. Me lo dijo así. Yo nunca había escuchado esa expresión y me pareció extrañísima. Me dijo que seguramente fueron los nervios, la tensión: que su cuerpo respondió así. Le pregunté si se sentía bien, me dijo que sí y no nos volvimos a ver.

—¿Cómo que no se volvieron a ver?

—Sí, nadie se animó a proponer un encuentro y no volvimos a hablar. Qué sé yo.

—Mirá si en realidad no perdió el embarazo y hay un pequeño Julián dando vueltas por la ciudad.

—Estaría bueno. ¿En tu casa entramos los tres?

* * *

Cuando volvieron de Bariloche, Julián y Laura estaban casi definitivamente separados, aunque hay quienes aseguran que la separación se sella cuando pasa un cierto tiempo desde que se empiezan a dejar de ver; un mes, dos meses, a veces incluso un año, un tiempo prudencial de duelo. Pero se diría que ellos ya estaban separados. Una tarde un compañero de la facultad lo llamó y le pidió, como favor, si podía cruzarse apenas unos minutos con una amiga suya que vivía a cuatro cuadras de su casa y que le iba a pasar un libro que le tenía que devolver. Por supuesto, le dijo, y se encaminó inocentemente a esa esquina.

Llegó y no había nadie. Consultó el reloj: se había adelantado unos minutos. Miró para un lado, para el otro, pensó una serie de pavadas y vio, de pronto, que por la mitad de la cuadra venía caminando una chica rubia, no muy alta. Avanzaba muy lento y parecía abstraída, como si todo lo que había alrededor —los edificios, la gente, las así llamadas cosas del mundo— fueran una vulgaridad o elementos distractivos que había que obviar para que no obstruyeran sus pensamientos. Supo mucho después que esa era una construcción típica de ella: seductora y un poco ficticia. Cuando llegó hasta donde estaba él se detuvo y salió de su cuelgue de golpe, como si alguien la hubiera despertado con un baldazo de agua fría. “Hola, ¿vos sos Julián?, soy Ana”, se presentó y a él le pareció hermosa y encantadora. Sucedió eso que las películas románticas nos enseñaron a decodificar como un flechazo, un amor a primera vista, las mariposas en el estómago, los fuegos artificiales que crepitan sobre el fondo de un cielo perfecto. Eso, por supuesto, lo paralizó. Empezó a balbucear frases medio estúpidas, de las que después, caminando de vuelta a su casa, se acordaba y se arrepentía meticulosamente, una por una. Charlaron unos minutos así, parados, y a Julián le faltaba una apoyatura, una silla y una mesa: la manera en que se mantenía así, de pie, alternando el peso del cuerpo de una pierna a la otra le parecía ridícula. Sentía, en definitiva, que estaba demasiado expuesto y que

todo lo que hacía y decía, hasta el más mínimo movimiento, era amplificado y percibido por ella de un modo contundente y definitivo. Se sintió inseguro, torpe, feo. Es evidente que ya, tan rápido, algo estaba empezando a suceder.

* * *

Ese primer encuentro, a pesar de la torpeza y la brevedad del diálogo, tuvo un saldo positivo: quedaron en verse tres días después, a la noche, para ir a un bar. Esos tres días discurrieron lentos, se consumieron en actividades imposibles de reconstruir, en todas esas cosas que suceden entre un pico de sentido y el otro y que no son parte de ningún libro. Así, la noche en cuestión llegó y Julián optó por un atuendo "rockero", que consistía básicamente en una remera negra de The Velvet Underground, un jean relativamente raído y unas zapatillas All Star. A falta de una idea superadora y para convertirlo ya en costumbre, se citaron en una esquina. Esta vez la que llegó primera fue Ana; él, amparado en la teoría de que ya había hecho lo más importante para que ese encuentro sucediera (invitarla a tomar algo), juzgó pertinente llegar un poco tarde para "hacerse el interesante". Pero cuando llegó ella pareció no darse cuenta del retraso, así que la técnica prescribió en el acto. Ana propuso ir a un bar pequeño y psicodélico que había por ahí, un bar largo y apretado, como un pasillo. Encontraron una mesa más o menos apartada de la multitud y pidieron unas cervezas. Eran las ocho de la noche. Julián no había comido nada desde el mediodía y no tomaba cerveza —no le gustaba el sabor y además le caía mal— pero no se animó a oponer reparos. Estaba dispuesto a enfatizar su costado relajado y si hiciera falta se inmolaría para no empañar la naturalidad del momento. Hacia las diez de la noche ya estaba considerablemente borracho y empezaba a sentir un vacío peligroso en el estómago. Ana propuso seguir en otro bar y él, de nuevo, no opuso resistencia. Salieron a la calle para caminar las tres cuadras hasta la próxima estación y se desató una tormenta considerable, una de esas lluvias de verano que caen sobre el pavimento caliente y ofrecen más calor que alivio. Trataron de refugiarse debajo de la mampostería de un supermercado

pero el agua los alcanzó con furia y los mojó completamente. Se reían y repasaban el segundo a segundo desde que infirieron que se venía el aguacero. Julián no la quería mirar para que ella no se sintiera muy escrutada pero no lo pudo evitar y lo hizo; estaba hermosa, el agua la había intensificado y la ropa ya casi transparente le marcaba el cuerpo. Cuando entendieron que la lluvia no iba a parar, corrieron hasta el segundo bar y entraron riendo, como dos chiquilines. Ocuparon una mesa y se sentaron uno al lado del otro y no, como indicaría el protocolo, enfrentados. Pidieron algo de comer, afortunadamente para Julián, y más cervezas, desgraciadamente para Julián. Hablaron mucho de la facultad —compartían carrera y nunca se habían visto, una rareza— y de sus vidas, presentes y pasadas. Ana habló de sus preferencias literarias; las narradoras inglesas de mediados de siglo XX, los poetas italianos, la gauchesca. Habló de política; su familia, de tradición rural, era quizás más conservadora de lo que ella hubiera elegido, y en esa aporía trataba de constituir sus propias elecciones. Habló de sus amigos; como todos los que vienen de una provincia a estudiar a la Capital, tenía una vida escindida, una doble identidad: amigos allá y amigos acá, había una Ana de provincia que quería salir de ahí y entregarse al más puro cosmopolitismo y una Ana capitalina que añoraba la vida apacible y lenta de su pueblo. Se hicieron las once, las doce, la una de la mañana y en algún momento la conversación se agotó. Fue algo natural y sin artificios: se agotó y Julián supo que era el momento de darle un beso. Sabía que ella lo estaba esperando y sin embargo le daba pánico, siempre le daban pánico los primeros besos, como si algo pudiera salir realmente mal. Con estos pensamientos en la cabeza tomó coraje y la besó. Se confundieron durante largos minutos, mientras todo le daba vueltas por la cerveza acumulada y la ropa todavía mojada se le pegaba al cuerpo.

Salieron a la calle. Ya no llovía y él la acompañó hasta la puerta de su casa. “Qué lindo edificio”, le dijo cuando llegaron a la puerta, a modo de indirecta muy poco inspirada para que lo invitara a pasar. “Sí, está bien”, replicó ella, que tuvo piedad y lo invitó a tomar un té. Era febrero, hacía un calor insoportable, pero ella siempre tomaba té,

todo el tiempo tomaba té. En una cocina diminuta, sentados sobre dos butacas altas, tomaron el té y después pasaron a la habitación. Julián se sentía mal, no estaba acostumbrado a tomar tanto y durante tantas horas y el alcohol le estaba empezando a bajar del peor modo. Se dieron algunos besos en la habitación y ella se dio cuenta de que él no podía más. "¿Querés tirarte a dormir un poco?", le ofreció. "Sí, puede ser", concedió él, ya bajando la guardia y dejando de simular que era el hombre que puede tomar mil cervezas y mantenerse impertérrito. Se acostó y se quedó dormido en el acto. En algún momento de la mañana se despertó y vio que ella dormía al lado, también vestida. La despertó, le agradeció la hospitalidad y la cama y le pidió si le podía abrir.

Tenía una resaca espantosa, afuera todavía llovía y esa noche tocaban los Rolling Stones.

* * *

Inmediatamente apareció en esa relación naciente un escollo, una pequeña obstrucción. Una semana después de sus encuentros de verano se retomaron las clases en la facultad y Julián se reencontró con el amigo por el que había conocido a Ana. "Está buena tu amiga", comentó. Estaban en el pasillo de la Facultad, todavía hacía calor; la gente caminaba con lentitud, como desperezándose. "Sí, qué sé yo, a mí tanto no me gusta, pero tiene buena onda", sentenció el amigo y entonces Julián le contó que la había invitado a tomar algo a la noche y que se iban a encontrar en un par de días. No sabemos por qué lo dijo así, cuál fue la razón por la que alteró un poco la información y no le contó que ya se habían visto y que, técnicamente, ya casi se podría considerar que estaban juntos. Quizás infería que la reacción del amigo iba a ser, por alguna razón, adversa, como en efecto lo fue.

—No me cabe mucho que salgas con ella.

—¿Por?, si me acabás de decir que no te gusta.

—Sí, pero después me puede llegar a gustar, todavía no lo sé eso —argumentó de modo intrincado pero irrefutable.

—Pero a mí me pareció que a ella también le dieron ganas de salir conmigo, no sé, me parece que no tiene mucho sentido bloquear algo

por si en el futuro cambiás de opinión.

—Pero es mi amiga, hay mil minas con las que podés estar, no sé por qué vas a estar justo con esta.

—Porque me gustó, no hay mucho misterio. Hay mil minas, pero no me gustan todas.

—Bueno, pero es mi amiga.

—Va a seguir siendo tu amiga, no entiendo muy bien a dónde vamos con esta charla. No es tu novia y ni siquiera te gusta, es sólo tu amiga. Pero bueno, no quiero que se arme quilombo por esto. Pensé que iba a estar todo bien —dijo Julián.

—Dejame pensarlo un poco —concluyó el amigo, ofreciendo un cuarto intermedio.

¿Qué tenía que pensar? ¿Ese amigo tenía que dar su venia, emitir una autorización para que Julián y Ana pudieran salir a tomar algo? La situación era extraña, como mínimo confusa, y a Julián obviamente lo conflictuó. Llamó a Ana y le resumió lo ocurrido, aunque hubiera preferido resolverlo por su lado y que ella nunca se enterara o, en última instancia, contárselo un año después, en una sobremesa romántica, y narrarlo con gracia, exagerando los pormenores hasta volverla una situación perfectamente estúpida y humorística. Pero no: la llamó y le dijo que había un problema. El asunto, evidentemente, implicaba una serie de debates, o al menos ponía sobre la mesa el problema de la propiedad en una edad donde las amistades se erigían como posesiones. Una de las primeras reacciones de Julián —aunque fue cuidadoso para que no se le notara— fue de aceptación tácita de lo que le decía el amigo. Claro, es su amiga y él me tiene que dar la autorización para que esté con ella, había llegado a pensar. En esos días de cavilaciones consultó nuevamente a su padre y él le dijo que eso era un delirio, que las personas no tienen dueño (salvo en ciertos contextos históricos en algunas regiones del planeta, pero ese es otro tema) y que además era su amiga, no su novia, que no veía cuál era el problema. Con apenas dos frases desestimó el caso. La conclusión a la que había llegado su padre era atendible y sensata, y cuando le dijo “ya no tienen 17 años” Julián terminó de verlo muy claro; era un

problema, al parecer, de aquello que en jerga científica refieren como "el proceso madurativo". La llamó a Ana, concertaron una nueva cita, esta vez directamente en la casa de ella (¡basta de cervezas!) y entonces sí, la relación empezó.

* * *

Ana vivía en Buenos Aires hacía ya unos años pero era de una ciudad chica cerca de Olavarría. Sus abuelos tenían un campo y vivían en un casco de estancia en el medio de la argentina rural y ella se había mudado a la Capital para estudiar, pero sobre todo para cambiar drásticamente de vida. Su infancia había sido complicada y había dejado marcas en su estado de ánimo, que era cambiante y tendía a la ensoñación. Aunque se mostrara siempre encantadora, alguien medianamente observador podía ver algo oscuro por debajo de la superficie, un mar de fondo con peces feroces y correntadas salvajes. Daba la impresión, además, de que Ana necesitaba protección y a Julián le gustaba estar ahí, consentirla, rendirle pleitesía a un amor que ya muy rápidamente se estaba diseñando como algo intenso, quizás el último de sus amores juveniles.

Cuando la conoció, ella se vestía como una monja o como una *scholar* de internado inglés, con una pollera recta y gris y una camisa blanca. Usaba también un collar de perlas. Julián le hacía chistes y la burlaba por su ropa, en apariencia tan pulcra y contenida, tan distinta del "reviente" o del hippismo rotoso que se veía en la facultad, pero en el fondo le encantaba. El estilo católico no era casual; respondía a un arraigado patrón familiar, que le venía de ambos lados del árbol genealógico. Su abuela era una figura gravitante en su vida, una suerte de segunda o primera madre. Educada en colegios británicos de la Argentina aristocrática, era una mujer plenamente comprometida con los modales y las formas y le transmitió esa sintaxis, que tuvo un efecto positivo —una enorme amabilidad, conciencia de los rituales, un sentido de la elegancia— y uno negativo —culpa cristiana, tabúes —. En la casa de los abuelos en el campo, donde ella pasaba más de una larga temporada por año, se hablaba inglés. Para Julián, criado en una familia judía de clase media progresista de la Ciudad de Buenos

Aires, todo ese mundo era de una excentricidad suprema, como si de pronto una serie de personajes de una novela decimonónica hubieran tomado su vida.

En Buenos Aires vivía en la planta baja de un edificio que supo ser de su familia y del que se fueron desprendiendo piso por piso sólo para conservar el segundo, en el que vivían sus tíos y esa planta baja, que era un monoambiente grande sin ventanas (con un tragaluz) y una cocina. Tenía algo de búnker, era como un espacio clandestino, una especie de hueco o anomalía en el catastro urbano, y eso a Julián le gustó; le daba a sus encuentros un toque clandestino. Ahí adentro, como escondidos, tenían la certeza inapelable de que el mundo les pertenecía. Como él todavía vivía con su madre, se encontraban siempre ahí. Tenía una cama de una plaza de la que se sacaba una segunda cama de abajo, y entonces juntaban las dos camas gemelas, como niños, y se acostaban a mirar películas. Fueron los últimos estertores del videoclub: tenían uno a dos cuadras e iban todos los días y sacaban de a dos videos. Comían muchas veces en la cama, mientras miraban comedias y dramas. Estudiaban la misma carrera pero casi no cursaron materias juntos, así que se encontraban alrededor de las nueve de la noche en la puerta de la facultad y emprendían el regreso en colectivo, charlando. Los dos encontraron, en esa relación, algo que estaban buscando y por eso en un principio todo funcionó bien. Ella venía tratando de cerrar una relación de su pueblo con un tipo bastante turbio y armar otra cosa en Buenos Aires era la confirmación de una nueva vida, una suerte de tabla rasa y dar de nuevo. Él venía buscando intensidad después de un año de una relación puente, sin grandes emociones, y esta chica complicada, encantadora y peligrosa tenía electricidad.

* * *

La pareja se cimentó sobre la repetición de una serie de rutinas. Ver películas, hablar de libros y de cosas de la facultad, hacer comentarios sobre la gente que conocían, cada tanto emborracharse, tener sexo. Pero sobre todo se construyó alrededor de una serie de ideas y de convicciones, como la sensación, por ejemplo, de que estaban

produciendo intensidad todo el tiempo, de que lo que hacían jamás era mediocre ni contenido. De que nunca especulaban.

* * *

¿Por qué durar es mejor que arder?

* * *

La primera vez que él fue al campo de su familia, para conocer a los abuelos y el espacio físico de su mito de origen, ella viajó unos días antes para "preparar la escenografía", como le dijo, y chequear que todas las condiciones estuvieran dadas. Lo fue a buscar en una camioneta por la terminal de micros de la ciudad y a los pocos minutos ya estaban en la ruta, atravesando enormes extensiones de pasto con vacas. Julián temblaba. No sabía si tenía que dar la mano o dar un beso, si tenía que tratar de usted o de vos, si tenía que hablar en inglés o en español. En algún momento ella pegó un volantazo y el auto se internó por un sendero de tierra estrecho, entre árboles altísimos, y por ahí manejó unos minutos hasta llegar a una tranquera. Julián miraba todo con intensidad, se sentía en una novela argentina, o más bien se sentía en la literatura argentina. Estacionaron la camioneta al lado de una casa linda, antigua, no demasiado grande, y entraron por la cocina. Ahí estaban los abuelos, un hombre y una mujer de unos setenta años, apaciblemente sentados en sillones de cuero marrón, leyendo sendos libros. Era la postal de la vejez idílica: con una taza de té humeante al lado del sillón, la lámpara encendida, el libro entre las manos, el campo silencioso, la tranquilidad del espíritu. En ese estado de reposo se levantaron y lo saludaron cálidamente pero con distancia; él no se sintió especialmente escrutado ni juzgado, pero entendió inmediatamente que la de ellos era otra cultura, otra religión, otra clase. En el medio estaba Ana. Parecían, más allá de las diferencias, buena gente. Les dio la mano, los trató de usted y les habló en español.

A la noche salieron a conocer el ajetreo nocturno del pueblo. Luego de la vuelta de rigor por la plaza y los lugares que habían sido

formativos para Ana —se convirtió en una guía turística improvisada, que apuntaba con el dedo los hitos de su educación: “acá tomé mi primera cerveza”, “este fue el colegio de mis padres”, “esta es la peluquería, donde siempre me corté el pelo”— recalaron en el *bar de moda*, un antro de paredes de ladrillo a la vista y cuadros de rockeros argentinos, donde una caja de discos emitía los aullidos de una banda de nombre desconocido y todos miraban lo que sucedía en las mesas vecinas como si allí estuviera aconteciendo un espectáculo imperdible. Entraron y todos los miraron. Julián lo recuerda en cámara lenta, como si la música se hubiera detenido y el iluminador los hubiera enfocado con esos tachos de luz infernal con los que apuntan a los actores en el escenario. Ocuparon una mesa libre y pidieron algo para tomar. Llevaban diez minutos en ese bar y ese ya era un viaje siniestro a una juventud de pueblo. Todas las personas que en algún momento estuvieron o podrían haber estado con Ana estaban ahí; todas las personas que fueron o podrían haber sido sus amigas estaban ahí; todas las personas con las que se peleó o se podría haber peleado o se habrá de pelear estaban ahí. Era un teatro del mundo, una suerte de réplica contemporánea de los anfiteatros griegos que congregaban a toda la población y donde se representaban las tragedias más sangrientas. Ahí, en ese bar, bajo el sonido chirriante de una máquina de discos, Julián terminó de entender que ella se había ido a Buenos Aires nada más y nada menos que para escapar de todo eso. Buscó en la Capital el amparo del anonimato y encontró, sobre todo, la posibilidad de ser otra. En ese sentido, esa breve excursión al bar nocturno fue el punto de máxima vulnerabilidad de Ana hasta entonces: acá estaba completamente indefensa y volvía a ser la adolescente que buscaba en las drogas y los libros la contraseña para abrir la puerta de esa cárcel fundacional.

Volvieron manejando en silencio por la ruta oscura. Durmieron en ambientes separados; ella en su habitación de siempre, él en el cuarto de invitados. De noche Julián quiso hacer eso que vio tantas veces en las películas y caminar en silencio hasta donde su amada seguramente todavía estaba leyendo, entrar sigilosamente y coger procurando no hacer el más mínimo ruido, con la adrenalina funcionando como un

implacable estímulo. Pero cuando entró en su habitación y quiso meterse en su cama, ella le dijo que no; Ana asociaba esa casa con una asexualidad tan extrema que le transmitió esa reticencia y la adrenalina se diluyó. Entonces Julián entendió un poco mejor cómo era esa mujer y fue vislumbrando la complejidad de su origen familiar. Salían hacía cinco meses. Era invierno.

* * *

Como ella viajaba mucho —al campo, sobre todo—, pasaban a veces semanas sin verse y recurrían a la cada vez más anacrónica instancia de la correspondencia. No se escribían cartas a mano, su imaginario literario no daba para tanto, pero sí componían largos emails, textos trabajados en los que procuraban volcar toda su sentimentalidad y generar una ilusión de proximidad. Nunca dejaban pasar demasiado tiempo para responder, porque sabían que la espera es uno de los grandes tormentos del amante y jamás (o al menos todavía) hubieran sometido al otro a un sufrimiento innecesario. Era la época del idilio. También hablaban mucho por teléfono, nunca se sabrá muy bien de qué; hay una capacidad proverbial e inexplicable en la etapa del idilio para hablar y hablar y hablar. Los amantes son la más eficaz usina de contenidos, una máquina perfecta de generar temas. Ya habían acumulado una cierta experiencia en cuestiones de pareja así que sabían que esa etapa en la que estaban es la mejor y que tiene una fecha de caducidad, que puede ser pronto o mucho después pero que nunca se puede extender más allá de un tiempo prudencial y que luego viene un período de horrible aridez. Y, sin embargo, nada de eso les importaba, porque lo que define ese enamoramiento es justamente la negación de todo conflicto, una indiferencia conmovedora ante la evidencia que pueden haber recabado de experiencias anteriores. Así vivieron durante meses.

* * *

Mientras todo se desarrolla con aparente normalidad, Julián conoce lo peor de los celos, la manera corrosiva en la que lo empiezan a

devorar.

Ana le da clases particulares a un chico un poco más joven que ellos pero ya un adulto, alguien que definitivamente podría ser su novio.

Por una serie de indicios sueltos, él se da cuenta de que a ella ese alumno un poco le gusta. Ella trata de no mencionarlo y si Julián pregunta por él, aparecen las evasivas, temblorosas, torpes, demasiado obvias.

Una noche ella sale a comprar algo y él se queda en el departamento, esperándola. Revisa inmediatamente los cajones y los cuadernos, la mochila y el escritorio. Se abalanza sobre sus cosas, como un hombre que ha perdido la razón. Está paranoico pero algo encuentra: un papel manuscrito, un pedazo de hoja rayada en la que Ana le ha escrito a su alumno que “me hace bien enseñarte todo”. ¿Por qué ese texto brevísimo e inculpador está ahí, entre las páginas de un cuaderno de estudios? ¿Por qué nunca se lo dio? ¿Por qué no lo hizo desaparecer?

Julián sabe que ese alumno tuvo una historia similar a la de Ana, una historia de pérdidas infantiles, y cree encontrar en esa coincidencia biográfica la razón irrefutable de un engaño que, si aún no se concretó, estaría a punto de materializarse.

Cuando Ana vuelve, la carta robada ya está en el mismo lugar donde la encontró y Julián aprieta los puños para no mencionar nada. Prefiere pensar un poco, enfriarse, elaborar algo así como una estrategia de acción.

No le pregunta nada ni esa noche, ni la siguiente, ni la otra y muerde la incertidumbre y los celos durante meses. Los mastica en silencio y la angustia le destroza el estómago y cae con fiebre, pero juzga que es más dañino decirle que le ha revisado los cajones que pedirle explicaciones por una nota que finalmente es un fragmento de literatura hermética, que admite casi cualquier tipo de interpretación (y por eso cualquier excusa fácil por parte de ella).

Meses después, ya en la etapa de las primeras peleas, le revisa el correo electrónico.

Ella lo deja abierto, sin querer. ¿Sin querer?

Él entra y encuentra que hace apenas dos días, en el punto más

conflictivo de su pelea, Ana le ha escrito a un compañero de facultad que él conoce y al que, aparentemente, reconstruye ahora leyendo el correo, se ha cruzado en una fiesta el fin de semana anterior. De nuevo, el mail no es del todo claro y él lo lee como un haiku del mal: "Perdón por lo de la otra noche. Cuando quieras te explico todo. Si querés nos vemos en estos días". Punzada. Ardor. Mareo.

Esta vez Julián no aguanta y va y le dice que le leyó los mails y qué mierda es eso que le escribió al compañero de la facultad. Para su sorpresa, ella no se escandaliza porque le hayan leído su correspondencia privada y Julián siente un escalofrío porque se da cuenta de que es una posibilidad cierta la de que ella haya dejado abierto su mail deliberadamente. ¿Qué le quiso decir, si así fue? ¿Qué carajo está pasando acá?

Ana le asegura que con ese compañero de la facultad no sucedió nada y que las especulaciones que pudo haber suscitado la lectura de ese correo no son más que los efectos desmedidos de su paranoia. Y, sin embargo, los dos reconocen que hace falta sentarse y hablar largamente, porque muchas de las cosas que antes estaban muy bien ahora empiezan a estar bastante mal.

Se termina, así, la primera etapa, la del idilio.

* * *

El amigo de Julián por el que había conocido a Ana reapareció, como una mancha de humedad que hemos enmascarado y que de pronto empieza a agrietar la pintura fresca y nos impone su temible presencia. Volvió con reclamos: un conato de resentimiento lo apuntalaba. En cierto modo, pensaría luego Julián de un modo exagerado, su reaparición fue una profecía del desmoronamiento. Llegó cuando las cosas ya empezaban a estar mal. Lo citó a Julián en un bar y le dijo que no sabía dónde pararse en la relación de ellos. Recapituló: él, históricamente, había sido amigo de los dos, pero por separado. Ahora, desde que estaban juntos, sentía que no podía juntarse con ella sin pedirle, de algún modo, una autorización a él; de nuevo, el viejo estribillo de las autorizaciones. Antes sus encuentros se podían catalogar como una reunión de dos amigos; ahora, era algo un

poco incómodo: era él juntándose con la novia de un amigo. Julián comprendió el punto y aunque el reclamo le pareció infantil, lo conversaron largamente. Le insistió en que no había problema, en que a él no le importaba que ellos se vieran, que no necesitaban su consentimiento para ir a tomar un café. Su amigo argumentó entonces que le generaba incomodidad el hecho de que ella le contara los problemas que tenían. "¿Qué problemas?", le preguntó Julián. Había una partícula de terror en su voz. La charla cambiaba de tono, la trama ahora era distinta. "Los problemas —le dijo el amigo—, las cosas de ustedes, vos sabés, lo que les anda pasando". No, no sabía, Julián ahora no sabía qué les "andaba pasando". Era él el que se infantilizaba de pronto: no sabía, no quería saber. El velo de la negación había caído sobre sus ojos. Se sintió mal, quiso pararse y salir corriendo. Tuvo el instinto de cortar violentamente esa conversación y no volver a pensar nunca más en todo eso (huir), pero en cambio siguieron hablando.

—Bueno, decime entonces qué te dice ella, ya que vos trajiste el tema.

—Justamente saqué el tema para decirte que me pone incómodo la situación y que no quiero ser el mensajero.

—Ya sé, pero hagamos una excepción. Es cierto que las cosas están medio enquilombadas. No lo estamos pasando muy bien últimamente, pero supongo que tiene que ver con el paso del tiempo, el desgaste y todas esas cosas.

—Sí, pero también hay otras cosas, me parece. Por un lado son bastante distintos, en el sentido en que vienen de lugares distintos. Esto lo veo de afuera, pero creo que los conozco más o menos bien a los dos. Ella tiene esa serie de pruritos y complejos y vos tenés toda la parte culposa que te viene por el lado de tu vieja. No me hago el psicólogo, pero es un choque de planetas.

—Qué exagerado, che. Pero durante bastante tiempo fue todo genial. Todos traemos nuestros traumas y nuestros bardos mentales y sin embargo las personas se juntan y más o menos le encuentran la vuelta.

—Sí, ya sé. Lo que te digo o lo que te puedo decir es que ella está en

un momento como de repliegue, de reclusión, no sé bien cómo llamarlo. Como que genera una especie de armadura y se mete adentro. Es una reacción, no lo hace a propósito. Le sale así. Como una defensa. Me dijo que siempre le pasa, en algún momento de las relaciones, y que por eso sus parejas nunca duraron mucho. Ella siente que tiene esa imposibilidad, que al principio todo está buenísimo pero de pronto siente miedo o se abre alguna vieja lastimadura y empieza a volverse reactiva al otro. ¿Se entiende?

—Sí, me doy cuenta hace ya bastante que está pasando eso. Es una mierda. Sobre todo porque no sé cómo manejarlo, e incluso me parece que yo hago que esa situación se incremente. En vez de decirle algo para que confíe o se relaje, me pongo mal y eso la pone a ella peor y es un círculo del que no podemos salir. No sé cómo decirte, pero es como que siento que el problema soy yo, que el problema de ella soy yo. Pienso todo el tiempo que con otro pibe estaría bien, que otro le encontraría la vuelta y la haría sentir bien y serían felices y que yo soy un pelotudo que sólo empeoro las cosas. Es la primera vez que lo hablo. Hasta ahora no me animaba ni a pensarlo, en el sentido en el que yo mismo quería convencerme de que estaba todo bien pero la verdad es que no, no lo estamos pasando nada bien. Cuando nos vemos es todo un poco incómodo desde el principio; no es terrible ni insoportable, pero es incómodo. Sabemos que algo dejó de funcionar y como que no lo queremos arreglar. Qué garrón, por favor. No sé qué hacer.

Del café pasaron al alcohol y la conversación se puso más sórdida y luego Julián y su amigo no se vieron durante mucho tiempo, como si esa noche hubieran desenterrado un cadáver que los dejó llenos de pánico y en silencio.

* * *

La crisis que se empezaba a instalar se manifestó en un principio bajo la forma de una imposibilidad sexual. Algo, de pronto, se empezó a volver más trabajoso, y ninguno de los dos supo muy bien cómo manejarlo. Posiblemente esa interrupción de un sexo natural y sin grandes complicaciones los frustró, a cada uno de un modo distinto, y

el problema estuvo en que no fue la misma frustración para uno y para otro, y esa diferencia que puede parecer mínima fue un abismo, una inmensidad. Esta es la historia natural de la devastación. Julián reaccionó del peor modo: haciéndole sentir a ella que lo que estaba pasando era su culpa. Y el efecto de esa reacción fue, por supuesto, contraproducente, e incrementó una cierta apatía que ella ya estaba manifestando.

Pero nada sucede de un día para el otro. Al principio, la frecuencia de sus encuentros sexuales mermó un poco pero no hubo motivos de alarma; lo adjudicaron, simplemente, al típico final de una primera etapa de conocimiento físico salvaje. Después tuvieron que interrumpir uno o dos momentos sexuales porque no se sentían cómodos, estaban como desconcentrados, fuera de foco. Se preguntaron en voz alta si estaba todo bien y lo adjudicaron, ahora, a las excusas de manual: el estrés, las responsabilidades, la vida cotidiana. Pero con el tiempo esas escenas de sexo interrumpido, que podían ser apenas anomalías, fragmentos sueltos y díscolos de una historia de plenitud sexual, se volvieron más frecuentes y problemáticas. “No puedo”, le dijo Ana una vez cuando él se acercó y trató de tocarla. Ya había desesperación en su voz: una tensión enfermiza electrificaba sus palabras. No se trataba de un “no quiero” sino de un “no puedo” pero Julián lo leyó mal y confundió querer con poder y se angustió y se sintió herido en su masculinidad, como si cualquier intermitencia erótica fuera el efecto directo de una merma en su virilidad. De modo dramático, se podría decir que nunca se recuperaron de ese primer “no puedo”.

Y, sin embargo, si hasta ese momento a Julián le gustaba mucho, a partir de entonces le empezó a gustar todavía más. El funcionamiento del deseo es insondable. Había algo ahora que no terminaba de colmarse, una especie de privación, y eso intensificó su deseo y al mismo tiempo lo volvió insoportable. El objeto de su deseo siempre se alejaba un poco más cuando él lo estaba por alcanzar. Aquel “no puedo” de Ana la había convertido, de repente, en una utopía, en la más inalcanzable y hermosa de las mujeres en la Tierra. Su arrojo entonces se acentuaba: cuando la veía la quería tocar —toda, ya— y

esa falta de sutileza y de mediaciones hacía que ella se ensimismara aún más. Era un callejón sin salida, y ninguno tuvo la claridad mental ni la voluntad para detener ese derrumbe.

* * *

¿En qué momento algo se vuelve irreversible?

* * *

A esta altura del relato, las complejidades se intensificaron y Julián y Ana ensayaron una separación. Aunque la expresión es inexacta: en realidad Ana le cortó a Julián después de una noche terrible en la que ella estaba más fría y reactiva que nunca y él lloró sin parar, suplicándole, rogándole.

Estaban acostados en sus camas gemelas, uno al lado del otro, y después de una conversación frustrante donde no hubo prácticamente puntos de acuerdo ella le dijo basta. Que no estaba funcionando. "No puedo", dijo, de nuevo, pero ahora la expresión tenía otro sentido: es el tipo de frases que significan distintas cosas en distintos contextos.

Julián creyó que ese basta era transitorio, se aferró a esa convicción, que era una convicción errada. Se acercó para acariciarla, para darle un beso, y ella lo corrió con violencia. "Salí", le gritó. "Andate, no puedo, no quiero". Julián le agarró el brazo con fuerza, aunque esa fuerza expresaba sobre todo una impotencia, una imposibilidad. La quiso traer más cerca y ella se negaba, se retorcía, se contraía. "No me toqués", le gritó, finalmente, con estridencia. Eran palabras que había sacado del fondo ancestral de la lengua. "¿Qué tenés contra mí? ¿Qué te hice? ¿Qué es lo que cambió?", preguntaba él, en un tono que quería ser brutal y que resultó más bien patético. A medida que la intensidad de su lamento crecía, Ana se volvía más fría, más hermética. Y lo que al principio fue para él un acceso de furia —las ganas de romper todo, de lastimar a alguien, de lastimarse a sí mismo — se fue convirtiendo en pura tristeza y resignación, se fue apagando.

Julián lloró casi al punto de ahogarse, un llanto que se pareció a un grito y que luego se prolongó durante mucho tiempo en su memoria

anímica. Ella no dijo nada ni hizo nada mientras él lloraba. Estaba como inmovilizada, parecía sedada: su desapego era aterrador. Juntos habían descubierto una nueva sentimentalidad, un camino hecho de coincidencias, atracción y charlas apasionadas y ahora la angustia del momento parecía llevarse todo puesto. Era sólo un llanto y una separación, nada que no formara parte del patrimonio de cualquier pareja, y sin embargo daba la sensación de que sólo le faltaban algunos episodios a esa historia para convertirse en verdadera catástrofe. Ese llanto fue como el diluvio final: mientras Ana le daba la espalda y el televisor encendido proyectaba una imagen que no le importaba a nadie, Julián pensó en Florencia, en la pureza y la alegría del primer amor, en el descubrimiento sexual y en el modo en que se iniciaron juntos en cada uno de los capítulos de las relaciones; pensó en Laura, en ese noviazgo de transición, tan parecido a la amistad y por eso, quizás, pensaba ahora, el más puro sentimiento, el más fraternal y desinteresado; y entonces llegó a Ana, la relación trágica e imposible, la más inolvidable, eso ya lo sabía, la que deja una marca dolorosa que pide años de sutura, el último gran capítulo de la pasión juvenil.

Ana se quedó dormida y Julián todavía lloraba, casi por efecto reflejo, ya de modo más físico que emocional, como si algo quisiera salir y ese fuera el único modo de expulsarlo.

* * *

Dicen que los niños le dan al llanto un valor decisivo de persuasión sentimental, lo mismo que, en general, hacen las personas de espíritu débil y pueril.

* * *

Desde que volvió a su casa, esa misma madrugada, la vida de Julián pasó a tener un objetivo excluyente: reconquistarla. Sabía que tenía que dejar pasar al menos unos días, si fuera posible algunas semanas, aunque lo atormentara la presunción de que ella ya estuviera feliz y

enamorada de otro hombre casi instantáneamente, sin transiciones. Había que combatir esos fantasmas, esa era la masacre que estaba aconteciendo en el centro de su cerebro.

Se despertaba todas las mañanas con un zumbido en la cabeza, como si una mosca perversa estuviera golpeando el interior de su cráneo. Le dolía el cuerpo, se sentía pesado. Tenía todos los signos definitorios de la depresión y sin embargo todavía uno de los motores seguía encendido. Tenía que reconquistarla, como fuera.

Pensó en ejecutar una a una las opciones que le ofrecía el menú de posibilidades de la imaginación romántica más trillada: flores, pasacalles, sonatas, bombones. Se imaginaba recurriendo a todas y a cada una de esas armas, una por semana, hasta derribar con un alud de cursilería la resistencia con la que Ana se protegía. Pero no; sabía muy bien que eso no iba a funcionar. Así pasaron un par de semanas, sin encontrarle la vuelta al asunto y llorando una o dos veces por día, a escondidas, siempre, y con intensidad, en actos simbólicos que sellaban su carácter trágico y sacramental.

En el transcurso de esos días aciagos alguien le pasó a Julián una fotocopia con un par de poemas. Era un gesto poco frecuente; él prácticamente no había leído poesía en su vida y nunca había enunciado el deseo de hacerlo. Pero no importa. El cuadernillo tenía sólo tres textos, largos e inolvidables, y estaba abrochado como un fanzine o como una publicación clandestina. “Poema para gritar entre las ruinas”, de Louis Aragon, que empezaba diciendo “Escupamos los dos, sobre aquello que hemos amado los dos”; “En la brisa, un momento”, de Olga Orozco, el réquiem por la muerte de su marido, que arranca con un lamento desgarrador “Ya se fue/ Ya se fue” y “Alta marea”, de Enrique Molina: “Cuando un hombre y una mujer que se han amado se separan/ se yergue como una cobra de oro el canto ardiente del orgullo”. La fotocopia, tan inofensiva hace apenas unos minutos, se había convertido de pronto en dinamita para Julián. Leyó y releyó los versos de modo enfermizo, al punto de aprenderlos de memoria. Los recitó en voz alta, más rápido o más lento, de noche o de día. Esos tres poemas pasaron a ser para él toda la poesía universal. No necesitaba más. Encontró en esos estribillos el rebote de su propia

historia, un espejo deforme en el que mirarse.

Al cabo de dos o tres semanas de separación se los mandó a Ana. Con un cierto anacronismo, puso esos versos en un sobre, caminó hasta la oficina de correos y lo despachó. Una semana después sonó el teléfono de su casa y era ella: le dijo que había leído los poemas y que lo extrañaba.

* * *

Es más fácil narrar las separaciones que los comienzos. Es más fácil narrar los comienzos que el medio, donde no pasa nada o donde pasa todo lo que no hace falta escribir.

* * *

Cada tanto ella le decía: Si nos hubiéramos conocido en otro momento de nuestras vidas, esto habría funcionado.

Al principio él no entendía demasiado a qué se refería con esa frase, pero de tanto escucharla terminó por convencerse de que era cierta. Su hipótesis era que si se hubieran conocido a los 28 o 29 años, por ejemplo, ya habrían sido dos personas maduras y curtidas y entonces habrían evitado toda esa serie de malentendidos y el frenesí inútil de la juventud y por lo tanto habrían durado toda una vida. La teoría es contrafáctica y por eso no se puede comprobar, pero tiene la fuerza irrefutable de la convicción.

* * *

Durante el tiempo que duró su pareja, Ana cambió radicalmente al menos tres o cuatro veces. Primero fue esa chica un poco inocentona, de pollera gris y camisa blanca, una suerte de monja en potencia infiltrada clandestinamente en los pasillos de la Universidad de Buenos Aires. Después se volvió moderna; de un día para el otro renovó mágicamente su vestuario y pareció desinhibida, segura de sí misma. Cuando los problemas entre ellos empezaron a recrudecer, dio un nuevo vuelco y fue fácil confundirla con una señora de cincuenta

años que ha obturado el deseo: ropa ancha y holgada, colores pasteles, el pelo tapándole la cara. Su última conversión tuvo un tono "internacional", como si su destino fuera de pronto mudarse a Brooklyn y vivir en barrios globalizados.

Ella decía que Julián "le había enseñado todo". Adjudicaba esos cambios a una evolución no sólo en el estilo sino también en la personalidad, a un crecimiento humano, y le gustaba decirle que él era el responsable de que ella cambiara, de que no se estancara. A Julián le costaba reconocer esa influencia pero le gustaba escucharlo. Y él nunca se lo dijo, pero también sentía que con ella había hecho un camino fundamental, un camino zigzagueante y lleno de golpes, una especie de rito de pasaje al fin de la juventud. "En estos años vivimos momentos terribles y eso hace que vos siempre vayas a ser importante para mí", le decía también ella, como en un estribillo, y él nunca se lo dijo pero sentía que en eso también ella tenía razón.

* * *

Las segundas partes nunca son buenas. Finalmente, esa nueva etapa, luego de la separación y los poemas y el intento de recomposición, tampoco funcionó. Ya ninguno tenía las herramientas para arreglar lo que estaba roto.

Ana se mudó durante un par de meses a un departamento majestuoso en un piso catorce en el barrio de Retiro, frente a la Plaza San Martín. El departamento era de la madre de un amigo suyo, una arquitecta que viajaba por el mundo y necesitaba que alguien se lo cuidara. Ese departamento tenía todo para convertirse en un paraíso romántico, para erigir una luna de miel inesperada en el pulmón de su propia ciudad, pero terminó convirtiéndose en una oscura caja de truenos. Pensaron que ese lugar, tan luminoso e inalcanzable, iba a disimular mejor los deterioros de la pareja, pero el cambio escenográfico acentuó finalmente sus imposibilidades y los llevó hasta el punto de saturación.

Todas las noches en las que Julián se quedó a dormir ahí, en esa casa extraña, en esa cama enorme con vista al Río de la Plata, prácticamente no se tocaron e incluso alguno contuvo un llanto de tan

incómoda que era la situación. No se peleaban, no discutían: asistían, silenciosos y pasivos, a la agonía y la muerte lenta de esa relación, lo que resulta siempre mucho más angustiante que una pelea a los gritos, que ofrece a los cuerpos una innegable descarga. En las peleas y las discusiones somos actores y participantes del escándalo; acá, Julián y Ana eran apenas testigos de un eclipse, y en ese sentido no tenían ya nada que hacer. Sabían que esos dos o tres meses en aquel departamento prestado eran el residuo, la débil huella de lo que había sido una relación, pero los atravesaron con entereza, sin grandes quejas, con dolor pero sin esquivar la responsabilidad. Vieron la película hasta el final, no se levantaron antes. Creían en los rituales y en la densidad de los símbolos y sabían entonces que la despedida se tenía que hacer así, sin eludir las incomodidades y los momentos horribles que presagian el final.

Como la receta de una economía en crisis, probaron una apertura: invitaron amigos a cenar durante sucesivas noches y los agasajaron con grandes banquetes, hechos de platos caseros y acompañados con vinos de buena calidad. Todas las cenas tenían momentos divertidos, de descompresión (posiblemente era eso lo que buscaban: descomprimir) pero Julián no podía dejar de ver cómo la disposición de esas veladas se asemejaba a la de un velorio: ellos recibiendo a un grupo de gente elegante que se reunían alrededor de una mesa, como sobre el borde de un ataúd, para despedir una relación. ¿Cómo nadie lo veía? ¿En serio creían que esas eran noches normales, una cena relajada entre amigos, un convite como cualquier otro? Uno a uno, todos los amigos de aquellos años pasaron por esa casa y podríamos decir, entonces, sin riesgo de exagerar, que el velorio fue todo un éxito.

Se separaron sin rencores ni malos entendidos. Lo intentaron. Hicieron todo lo humanamente posible para que la relación funcionara, pero no funcionó.

Quizás, si se hubieran conocido en otra época, quién sabe.

CUATRO

Sí: el tiempo atenúa las intensidades, limpia la sangre, sana al enfermo.
Sí: los días trabajan como un calmante, erosionan, matizan.
¿Pero cuánto tiempo exactamente, cuántos días, cuántos minutos?
¿Cuánto?

* * *

Algo no terminó de cerrarse y tardaría mucho en clausurarse definitivamente. La sobrevida de la relación de Julián y Ana fue terrible: se prolongó durante un tiempo demasiado largo y era como si ninguno se animara a darle el golpe de muerte, como si la sostuvieran al borde de la cama de hospital con un respirador que nadie quería, por alguna razón, desconectar.

Las primeras semanas fueron las más abruptas. Al principio hay que cortar toda comunicación, generar la ilusión de que se vive en mundos paralelos, incontaminados. Es como toda adicción, como dejar de fumar. La nicotina abandona el cuerpo con una lentitud desesperante, las manos tiemblan, la espalda transpira. Algo no funciona: nos hemos acostumbrado tanto a una presencia que de pronto nos sentimos raros, en falsa escuadra, como en el cuerpo de otro.

Julián se fue dando cuenta, a las pocas semanas, de que los amigos en común hacían rodeos increíbles en sus conversaciones para no nombrar a Ana enfrente de él, como si de ese modo pudieran eliminarla definitivamente de su cabeza, borrar el archivo. El efecto que provocaban, sin embargo, era el inverso: cuanto menos la nombraban, más presente se hacía su ausencia. La eliminación extrema de la presencia del otro es una ficción imposible, una ambición que está destinada a no prosperar. Hay que creer sin embargo en esa posibilidad para poder vivir.

Y luego, el fracaso.

Ana, Anita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Rápidamente, Julián la empezó a extrañar. Su mente le jugó una pasada traicionera y al poco tiempo ya se empezó a olvidar de por qué se separaron y la distancia que se estaban imponiendo le pareció entonces absurda e innecesaria. ¿Por qué era que se habían separado? ¿Y por qué no la podía llamar? ¿Qué sentido tenía esto de no verse? La llamó.

Hablaron durante unos diez minutos y quedaron en encontrarse en un café en una esquina de Palermo, frente a una plaza, sobre una terraza semicircular desde la que se veía el barrio como una maqueta. Ese iba a ser el primer encuentro de muchos, una serie de cafés y coca colas y jugos y tés con limón donde hablaban durante horas y siempre terminaban llorando o a punto de llorar. Esos encuentros eran brutales pero tenían reglas estéticas. Al principio todo era incómodo y lento; ella le preguntaba cómo estaba, él contestaba con parquedad y monosílabos, y después ella empezaba a hablar y hablaba y hablaba y mientras él la escuchaba aparecían súbitamente imágenes y escenas del pasado, de la vida sentimental de ellos dos, y se acordaba de por qué se habían separado pero inmediatamente se volvía a olvidar, para luego volver a recordarlo. Era una locura, un ida y vuelta emocional que los dejaba extenuados.

Julián prefería hablar de temas intrascendentes como el clima, la gente, los libros o la televisión. Trataba siempre de llevar la conversación hacía ahí como un modo de evitar los temas personales, los que pudieran detonar el gatillo de la montaña rusa emocional. Pero nunca funcionaba. Los dos sabían, en el fondo, que no se juntaban para hablar del clima o de la televisión sino para algo mucho más definitivo: para ser testigos del modo en que su relación se seguía deteriorando mientras ellos trataban de encontrarle la vuelta y convertirla en una amistad. La búsqueda de esa amistad era una batalla imposible, perdida de antemano. Una de las cosas que más le gustaban a Julián de Ana era justamente su negación eterna a hablar de temas intrascendentes. Cuando Julián empezaba a comentar algo que no tuviera que ver con las emociones, ella se desenchufaba, dejaba de escuchar, ponía la mente en blanco. Era un gesto típico

suyo: o intensidad o nada. Ella se relacionaba así con el mundo, de modo épico, y en ese sentido su vida era un deporte de riesgo: nadie puede caminar todo el tiempo por la cornisa de la tragedia y no caerse.

* * *

Pasaron los meses y Ana se fue convirtiendo, para Julián, en un elemento díscolo que lo obsesionaba. Se diría que necesitaba ese conflicto; de un modo perverso y enroscado, le servía para vivir. Habría sido más aconsejable hacer el camino duro y purgarse: hacer el duelo, estar solo, limpiarse y finalmente recuperarse. Pero no. La relación inconclusa con Ana era un aguijón que llevaba todos los días clavado en algún lugar incómodo del cuerpo, un aguijón que lo hacía sangrar y le deformaba el cuerpo y le recordaba una y otra vez, pinchazo a pinchazo, que estaba haciendo las cosas mal. ¿No es muy común? Julián tenía 24, 25 años, y no podía estar plenamente soltero y plenamente feliz. Después de una relación tan absorbente quedó lleno de miedos y bastante golpeado.

En algunos de sus encuentros se daban un beso, breve, acotado, y en esos momentos Julián sentía una culpa terrible: sabía que ese beso era un claro retroceso en sus intentos por superar la relación y al mismo tiempo lo excitaban y la elevaban a Ana a un lugar cada vez más inalcanzable. Desde que se separaron, ella le empezó a parecer todavía más hermosa. Era un espejismo de manual —desear con toda la furia lo que ya no se puede tener— y sin embargo Julián lo vivía como una realidad perfectamente tangible.

Se masturbaba pensando en ella, la imaginaba todas las noches en su cama desnuda, con un hombre, con dos hombres, con mil hombres. Cuando la volvía a ver esas imágenes reaparecían y funcionaban como un estimulante. Ana se fue convirtiendo, para él, en un amor ideal y en un objeto de deseo furioso. Si antes, cuando estaban juntos, era un amor imposible —algo no funcionaba, el sexo se volvió trabajoso, había demasiados cortocircuitos—, ahora ella se había convertido en alguien perfecto y abstracto, una especie de holografía maravillosa que conquistó su cabeza y lo torturó durante meses y años.

Casi no tuvieron sexo durante el primer año de separación. Ella percibía ese lugar idealizado en el que él la estaba ubicando y quizás se sintió cómoda en ese terreno abstracto, inmaterial. Se había creado, de nuevo, un abismo físico entre los dos.

* * *

Una tarde ella lo llamó llorando. Le contó que una amiga estaba mal, se había enfermado y los médicos no ofrecían diagnósticos claros: los primeros dijeron que era una apendicitis, pero luego otros hablaron de una enfermedad autoinmune y finalmente se mencionó la palabra cáncer.

Tenía 25 años, estaba terminando de estudiar en la facultad, se había ido con su novio a Londres para festejar un aniversario y el inminente fin de su vida académica, que nunca iba a llegar.

Julián había escuchado algo, estaba vagamente enterado del asunto, pero desconocía la gravedad de la situación. Ana estaba en el campo con su familia y volvió porque su amiga estaba mal. La fue a visitar y le contó a Julián que la vio flaca y casi irreconocible, pero que nunca dejó de sonreír, como si no supiera lo que le estaba pasando o como si las drogas que le estaban inyectando día y noche hubieran tenido un efecto mágico en su estado de ánimo. Todo adquiere un brillo inusual antes de desaparecer.

Durante esas dos semanas que duró la agonía y la muerte de su amiga hablaron todos los días y se vieron mucho, como antes. El contexto, dramático y doloroso, funcionó como una anestesia que calmó el propio drama de su separación. Ana necesitaba contención y Julián estaba ahí para contenerla.

Era enero. Hacía un calor espantoso y la ciudad estaba vacía. Hacia el fin de esa segunda semana, él también fue al hospital. Entró a la habitación y pudo comprobar lo que le venían contando: el cuerpo de esa chica era un hilo frágil, a punto de cortarse. El padre lloraba en el pasillo, como un niño. Siempre es terrible ver a un hombre grande llorar, pensó Julián, como si el hombre que llora fuera el símbolo de un imperio que se derrumba. La madre estaba como perdida, había optado por la vía de la negación: se había refugiado en un paraíso

mental y estaba abstraída, sonreía, se había llenado de tics. Se cuerpo expresaba, en relámpagos y contracciones, eso que ella no quería asumir. Nadie le había dicho a la chica lo que tenía, ella no sabía que se iba a morir. En ese momento, a Julián la decisión le pareció horrible, pero con el tiempo cambió de idea. ¿Para qué decirle a una chica de 25 años que se está por morir? ¿Qué sentido tiene arruinarle sus últimos días, sus horas finales, con una información con la que no va a poder hacer nada?

Esa noche, la del día en el que Julián visitó el hospital, él y Ana durmieron juntos. Era evidente para todos que esa misma noche iba a morir y ella le pidió si se podía quedar en su casa. Tenía miedo y se sentía sola. Él le dijo que sí, que por supuesto. Se acostaron y se abrazaron. Hacía meses y meses que no se acostaban juntos y la sensación era rara. Había además un clima de duelo anticipado, una tristeza por la muerte inminente de la amiga, que se mezclaba de modo confuso con algo de excitación y calentura. Julián la besó y ella lo dejó avanzar: necesitaba el beso, necesitaba el abrazo. Él le acarició la espalda lentamente y después pasó la mano por debajo de la remera y le tocó las tetas con mucha suavidad, como conteniéndose, más con cariño que con electricidad. Ella gimió en voz baja, como si no quisiera despertar a alguien o como si el calor empezara a crecer muy lento, muy de a poco. Después bajó hasta comprobar que ella estaba mojada y eso lo terminó de excitar. Ana nunca opuso resistencia; esa misma resistencia que era ya casi un acto reflejo en ella había desaparecido. Acabó así, mientras él la tocaba, en silencio, con el ruido tenue del colchón y unas poquísimas palabras de amor, y después todo su cuerpo, que estaba tenso y contraído, se relajó y se quedó dormida. Tres horas después se despertaron con un mensaje de texto que decía que la amiga finalmente había muerto.

* * *

Han dicho (han escrito) que liberar el cuerpo, desvestirse, estar desnudo, renunciar al pudor y gritar son las pruebas más incontrastables del abandono, de la entrega física al amor. Y esa es la diferencia radical con la amistad. La amistad no *pide* pruebas

corporales.

* * *

En algún momento, Julián empezó a pasar por la puerta de la casa de ella con excesiva insistencia. Lo hacía para generar un "encuentro casual", para ver si había movimiento, para mantenerse en la zona. El merodeo se fue convirtiendo en una obsesión peligrosa y muchas veces se encontró a conocidos que se dieron cuenta de lo que estaba haciendo y su vergüenza fue sustantiva. Desde la calle se podía ver si la luz de la cocina de Ana estaba encendida o apagada; esa era toda la información que podía registrar Julián, una información tan frágil e insuficiente que generaba en su mente afiebrada una serie de aterradoras conjeturas. A veces veía algo así como un movimiento. Una sombra parecía cortar el haz de luz y el piso se movía, era un principio de terremoto. ¿Qué estaba haciendo? ¿Con quién estaba? Las respuestas que imaginaba para esas preguntas eran siempre escandalosas.

Se diría que esos asedios eran un modo delirante de seguir siendo parte de la vida de ella.

Una noche, en esos periplos, pasó algo. Julián caminaba en línea recta de una esquina a la otra y justo cuando pasaba por la puerta de la casa, alguien salió. Alguien que él conocía. Eran las doce de la noche: la calle estaba vacía y en silencio. El que salió era un conocido de la facultad, alguien con el que Julián había hablado muchas veces pero al que no podía considerar su amigo. Ese intruso salió, cerró la puerta con llave e hizo algo que a Julián le congeló la sangre: dejó la llave en el buzón de la casa de Ana y se dio vuelta para irse. Esa había sido su contraseña privada durante años, el método que encontraron para que Ana no tuviera que vestirse y salir de la cama para abrirle si él se iba tarde. Él salía, cerraba desde afuera y tiraba la llave en el buzón de la puerta, al que se podía acceder desde adentro.

Julián retrasó un poco el paso para no cruzarse con el que acababa de salir y lo vio irse, mientras se abrochaba los botones más altos de su abrigo y apretaba el paso. La cabeza le empezó a arder. ¿Qué mierda hacía ese pibe saliendo de lo de Ana a esta hora y dejando la

llave así? ¿Hace cuánto se ven? ¿Cómo puede ser?

Dio dos vueltas a la manzana y las revoluciones subían, una insoportable máquina de especular había tomado su cuerpo, así que a la tercera vuelta decidió cortar en seco esa locura y tocar timbre. Era un riesgo: ella le podía preguntar qué estaba haciendo ahí, en la puerta de su casa. Pero no importa. No se podía ir a dormir así, no se iba a poder dormir por años si no lo hablaba.

Timbre. Silencio. Timbre, timbre, timbre. Ana tardó un minuto en contestar, ya se estaba quedando dormida. Se asustó y le preguntó si pasaba algo y él le dijo que no, que estaba todo bien, que quería hablar de una cosita. Ella salió a recibirlo a la calle pero no lo invitó a pasar; lo vio muy nervioso y no se animó.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que justo estaba volviendo de lo de un amigo y pasé recién por acá y lo vi a Mariano salir y tirar la llave por el buzón. ¿Qué está pasando?

—Nada, qué te importa. Tengo una vida y vos tenés la tuya.

—Ya sé, pero no puede ser que me venga a enterar de esto así.

—¿Y cómo te querés enterar? ¿Querés que salga en los diarios? Además, no somos novios ni nada. Nos vimos un par de veces, no es nada.

(Julián contuvo el llanto)

—¿Qué te gusta de él?

—Dale, no seas pelotudo, no empieces con esto que no tiene ningún sentido.

—No, decime. No pensé que ya estabas lista para salir con alguien, la verdad. Estoy muy sorprendido.

—No te victimices y no me pongas en este lugar. Primero que no salgo con nadie. Segundo que a mí también me cuesta mucho todo esto y no sé qué hacer. Tercero, hace más de un año que nos separamos.

* * *

¿Por qué uno se olvida de las razones por las que se separó? ¿En qué sótano infecto del cerebro uno incinera todos esos momentos

penosos por los que se separó?

* * *

Hacia el segundo año de separados, sus contactos de pronto se vuelven más asiduos. Hay un rebrote, por alguna razón se les hace más difícil terminar de soltar la relación. La modalidad es siempre la misma. Es Ana la que primero establece contacto; le manda un mail, un mensaje de texto, lo llama. Le pregunta cómo está e inventa alguna excusa para haberle escrito. Él al principio está duro, como acorazado: no muestra ningún tipo de emoción, contesta con la menor cantidad de fonemas posibles, reduce su despliegue sintáctico casi a cero. Pero es un juego, una seducción, un paso de comedia que siempre termina igual y en algún momento va a ser él el que le diga de verse. Es como si ambos jugaran a ver cuánto tarda él en quebrarse e invitarla a juntarse (no suele tardar demasiado). Se encuentran entonces en el café de siempre y primero hablan de cosas intrascendentes y después se ponen emotivos y se besan un poco o lloran un poco o se pelean un poco.

No se sabe muy bien qué buscan con esos encuentros ni por qué han duplicado la frecuencia de esos cruces. Es evidente para ambos que esos encuentros los dejan angustiados, y sin embargo no los logran evitar. No todo se puede explicar.

“No me ayuda seguir dependiendo tanto de vos”, le dijo ella un día y tenía razón. “Y sé que a vos tampoco”. Fue uno de los pocos momentos de verdadera lucidez, uno de los excepcionales paréntesis de madurez de los que Julián se acuerda. Y pensó entonces que sí, que quizás él la llevó a ella a ese lugar de dependencia que tanto le convenía. Le daba un poco y le sacaba un poco. Controló la situación así durante meses e incluso durante años, de modo algo perverso. Y a veces los encuentros eran felices y ella le decía que quería volver a estar con él, que lo intentaran una vez más. “Nos vamos a arrepentir toda la vida si no probamos una vez más”, le decía ella, y él ahí retrocedía, acaso con prudencia o acaso con cobardía. Julián ya se había habituado a esa inercia extraña, a *ese estar y no estar*, y si le hubieran dado a elegir quizás habría optado por estirar esa situación

para siempre. Cada vez que Ana le proponía volver a estar juntos como pareja —no fueron muchas— él se sentía horrible, porque la frase lo dejaba completamente expuesto: quería decir que no podían estar así como estaban a perpetuidad, y tenía razón. Quería decir que había que tomar una decisión, y Julián era incapaz de tomar decisiones.

* * *

Esa indefinición, esa separación una y otra vez interrumpida, hizo que tanto a uno como al otro les resultara muy trabajoso estar con personas nuevas. No podían. Ana no terminaba de estar con nadie porque siempre creía que el futuro con Julián tal vez era posible y no quería cerrar esa puerta abriendo otra. Estaba inmovilizada en esa trampa sin poder ir a ningún lado. Julián comparaba a todas las chicas con Ana y todas se le antojaban feas, sin gracia, intrascendentes. Creyó haber perdido la capacidad de enamorarse. Le había cargado un nivel tan alto de mística a la imagen de Ana que el resto de las mujeres del mundo se habían eclipsado por efecto de esa luz cegadora.

Su intento fallido más importante fue con Diana, una chica más joven que él, a la que conoció en el menos erótico de los rituales de occidente: un cumpleaños infantil, entre guirnaldas de cotillón y sándwiches de miga. Era una chica con mucha onda, de pelo corto y negro, rápida y sarcástica. Una noche en que la madre de Julián estaba de viaje apareció con su grupo de amigas y se quedaron hasta la mañana escuchando música, todos tirados en los sillones, como en una especie de trance religioso, en silencio, hipnotizados, absorbidos por el espiral de las guitarras con distorsión, por acordes que eran como masacres en esas mentes encantadas. Diana era genial; al mismo tiempo curtida e inocente, vivía sometida al impacto ininterrumpido de la música y los libros: necesitaba shocks estéticos para vivir. Trabajaba en un bar nocturno del centro, en el vértice de calles sombrías que de día son una pequeña Wall Street de hombres trajeados y pasos apurados y de noche es el espacio liberado a la marginalidad y el sexo rentado. Su trabajo nocturno le confería un aire dark, al menos para Julián, que casi no cultivaba el centro de

noche y que idealizaba esa zona por todo lo que se contaba que había sucedido allí durante los años sesenta y setenta. Alguna noche de esas semanas que duró el intento de amor él la fue a buscar al bar y caminaron juntos por la 9 de Julio mientras amanecía (era verano) y se quedaron hablando en los bancos de la avenida mientras la gente se despertaba y salía de a poco a la ciudad. Alguna vez se vieron de día y fueron al cine y se rieron y lo pasaron verdaderamente bien. Alguna vez fueron a un telo y tuvieron sexo tímidamente (era la primera vez) y después casi no hablaron porque no sabían ya qué más decir.

Todo iba bien, a grandes rasgos, pero Julián oponía una resistencia; había erigido un muro alto y sólido y ya estaba pautado de antemano que nadie lo iba a poder saltar. ¿Por qué? ¿A qué le tenía tanto miedo? ¿A que la irrupción de esa chica rápida con la que compartían el humor y el sexo y las afinidades más privadas acelerara el duelo y terminara entonces de cortar definitivamente con Ana? Pudo haber dado el paso. Las condiciones materiales estaban dadas, como nunca antes. Pero no lo dio. Tuvo miedo, no se animó, y no lo dio.

* * *

A los dos años de separación, esa ya empezó a ser una historia triste, que los fue afectando en un lugar profundo.

* * *

Y un día, cuando parecía que el hilo ya no se podría desenredar, cuando todo parecía una forma inconclusa del deseo o una alucinación de la nostalgia, cuando ya hacía rato que no tenían palabras nuevas para decirse, Ana se fue.

Hizo los trámites de aplicación a una beca de estudios en Italia, fue aceptada y decidió irse. No tenía casi nada que la retuviera en Buenos Aires. Trabajaba dando algunas clases en colegios y terciarios, su familia era un rumor lejano de noticias confusas que llegaban desde el campo, sus amigas iban a seguir siendo sus amigas y con Julián ya no tenía sentido seguir jugando a eso que estaban jugando. Y entonces se fue.

Viajó primero a Roma y desde ahí a la ciudad en la que iba a pasar sus próximos años para conocer la universidad, el lugar y tener una charla con las autoridades de la beca. Volvió y algo había cambiado definitivamente entre ellos dos. Es como aquellos enfermos terminales que de pronto asumen que se van a morir y la neurosis se apaga y se entregan, mansos y con los brazos bajos, a lo que tenga que venir. Entre los jugadores de casino le llaman "el alivio": ese momento en el que el ludópata por fin pierde todo y su obsesión remite, se eclipsa, se apaga. El alivio.

La última noche antes de viajar, Ana hizo una pequeña reunión en su casa para despedirse de los más cercanos y Julián fue. La casa estaba vacía, los libros embalados, el colchón contra la pared. Estaban asistiendo a la muerte del pasado y todo estaba en cajas, quién sabe hasta cuándo. Es extraño cómo algunas cosas pueden erosionarse tan rápido; sólo hay que mover dos o tres cosas que estuvieron quietas durante mucho tiempo y el mundo entero se modifica.

Ana le había pedido a Julián que le regalara un libro para llevarse a Italia y él le llevó los diarios de Pavese, *El oficio de vivir*. Lo sacó de su biblioteca a último momento, justo antes de salir, en un gesto casi automático, sin conferirle un carácter simbólico al acto, pero con el tiempo la elección le pareció un escándalo de la elocuencia. Ana nunca le dijo si lo leyó pero se lo llevó.

Fue una noche confusa y emocional. Mientras la gente parloteaba en el living, ellos se dieron algunos besos en la cocina. Pero ya no importaba. Todo era liviano, etéreo, las acciones no tenían consecuencias. No había futuro. Y de pronto Julián empezó a sentir una envidia terrible. En un momento de la vida en el que las personas clavan el ancla en donde están y encaran algo así como una vida adulta, ella se iba a otro continente, a conocer gente nueva, a hablar una lengua sensual y emblemática, a ver qué tipo de platos extraños aparecían sobre su mesa. Y él se quedaba ahí, en una ciudad que ya conocía de memoria, con gente con la que ya había hablado todo lo que dos personas pueden hablar, en una vida de horario fijo y rutinas estables. El contraste era brutal. Eso pensaba Julián en la cocina de esa casa que había conocido tan bien y que ahora estaba vacía y con

apenas dos o tres restos diurnos. Sintió resentimiento: ella lo dejaba a él ahí, en esa rutina insoportable; lo abandonaba como a un viejo moribundo en un geriátrico. El viaje de Ana, pensó Julián, dejaba en evidencia lo conservadoras que habían sido sus elecciones de vida. Si estuviéramos juntos, concluyó entonces, nos iríamos a Italia y por supuesto que seríamos felices. Pero no: Ana se fue de Argentina justamente porque ya no estaban juntos.

Dos horas después el alcohol bajó y las emociones se matizaron y Julián se despidió de Ana con un abrazo civilizado y los deseos de que tuviera un gran viaje. “Te quiero”, se dijeron, y los dos lloraron un poco.

Cuando salía, Ana le pidió a Julián que cerrara desde afuera y que le tirara las llaves en el buzón.

CINCO

Va a recibir un mail de Florencia.

Julián ya se habrá separado de Ana hace años, ella ya habrá tomado la decisión de quedarse a vivir para siempre en Italia y él va a estar viviendo con una mujer. La vida ha cambiado para todos, el tiempo ha hecho el trabajo de lenta erosión que siempre hace, y Julián va a recibir un mail de Florencia. El mail no lo sorprenderá, extrañamente: hace años que no se ven y sin embargo va a haber algo natural en el hecho de que ella le escriba. Verá su nombre en la casilla —Florencia Kaplan— y lo abrirá inmediatamente:

Buen día, cómo estás? Hoy me levanté y no sé por qué empecé a mirar mails viejos (o no tanto, según desde dónde se mire) y me detuve a mirar nuestros interminables diálogos, me transporté sin escalas hacia esas épocas. Más que nada te escribo para agradecerte por compartir conmigo esos tiempos difíciles, pude disfrutarlos, a mi manera, obviamente. Espero que vos también lo hayas hecho. Leyendo un poco pude traducir en recuerdos todo lo que pasamos y fue muy lindo.

Espero que estés bien.

Un beso grande y el afecto de siempre sin nombre para vos.

Julián le va a contestar y Florencia le va a volver a escribir. Quedan para verse; después de tanto tiempo, deciden encontrarse. Ella lo invita a su casa, como si la vieja costumbre de juntarse en casa de ella no hubiera prescripto con el tiempo. Él acepta y quedan para el viernes a la noche, después de la cena.

Él va a estar un poco nervioso mientras va llegando al barrio. ¿De qué van a hablar? ¿Cuál es la finalidad secreta de este encuentro? Va a tocar timbre y ella va a contestar desde el otro lado del portero eléctrico y, a pesar de la fritura que el aparato le confiere a la voz, a pesar de que ella emite una única palabra —“bajo”—, la voz activa el

recuerdo y vuelven, a modo de diapositivas sobre un fondo blanco, las imágenes del viaje a Israel, los primeros celos, las ganas de estar todo el tiempo juntos, el humor compartido, las tardes y las noches sin hacer nada, únicamente *estando con el otro*.

La casa en la que vive ella no es la casa de antes, la que él conoció. Este es un departamento de dos ambientes, con vista a una pared interna; un departamento despojado, minimalista, sin más ornamentos que un sillón, una mesa, un televisor, un par de sillas y una lámpara.

Ella se va a sentar en el sillón y él en una silla. Al principio todo va a ser un poco incómodo, pero rápidamente se van a empezar a reír de su propia incomodidad. Cuando uno habla el otro lo mira: quiere determinar exactamente cómo le cambió la cara, la ropa, los modismos, la sintaxis. Julián ha empezado a fumar y ella no lo puede creer. Ha muerto su padre, también, pero eso ella ya lo sabe.

—¿Fumás mucho?

—No, qué sé yo. Entre ocho y doce, ponele. Un fin de semana puedo fumar veinte, si hay una fiesta o una reunión.

—Qué pelotudez, ¿no? Empezar a fumar a esta edad. No tiene mucho sentido. Es el momento en el que todos dejan y vos arrancás.

—Sí, puede ser. Bueno, cambiemos de tema.

—¿Y de qué querés hablar?

—No sé, contame algo de tu novio. ¿Es mejor que yo?

—Qué significa “mejor”. Qué pibe. Por lo pronto, no está tan pelado como vos. ¿Se te empezó a caer el pelo con los primeros cigarrillos?

—¿Sabés que puede ser? No había visto la conexión pero fue en el mismo momento. Deberías dedicarte a estas cosas. Pero bueno, veo que no me querés contar mucho de tu novio.

—No es mi novio. Nos conocimos hace poco y estamos saliendo pero todavía no es nada demasiado formal o serio.

—Supongo que ya consumaron.

—Jaja, consumaron. Y sí: no tenemos 15 años.

—Bueno, a nosotros nos costó bastante, ¿te acordás? No nos animábamos. Yo tenía miedo y vos además eras virgen y yo no lo sabía. Supongo ahora que hiciste bien en no contarme, porque hasta el día de hoy no nos hubiéramos encamado.

—Encamado, consumar. No hay palabras perfectas para hablar del sexo, ¿no? Pero sí, tenés razón. En el momento no te lo dije porque no me animé. Yo no sabía si vos habías estado con mil minas o si eras lo que al final resultaste, alguien casi tan virgen como yo. Y me parecía que si vos eras un experto del sexo y yo te decía que nunca había estado con nadie, no iba a funcionar.

—Hiciste bien.

Necesitarían meses y meses para reponer todo lo que ha pasado en el medio. Florencia le va a contar algo más sobre el chico con el que está saliendo, aunque va a volver a remarcar que "no es nada serio": se conocen hace poco y todavía no lo considera su pareja. Él va a ser más elusivo; por alguna razón, no le quiere decir que está con una chica y que incluso vive con ella. No va a evitar esa información por la expectativa de poder acostarse con ella esa noche, sino porque un raro efecto lo va a embargar: desde que la ve siente que decirle que está con otra chica es traicionarla, es engañarla, es serle infiel. Julián es plenamente consciente de que se separaron hace años y años y sin embargo esa sensación está más allá de lo racional.

—¿Así que estás escribiendo? —le va a preguntar ella.

—Sí, pero muy tranquilo. Pruebo algunas cosas, nada en serio. Como vos con tu novio. No me resulta tan fácil. Supongo que en algún momento me voy a soltar.

—¿Y si te soltás vas a escribir un libro de nuestra relación?

—Yo diría que sí, por qué no. El tema lo tengo servido.

—¿Con esta escena incluida?

—No es una mala idea. Tendría que decidir si escribirlo en primera o en tercera persona, pero si a vos no te jode lo escribo en primera.

—No sé, dejame pensarlo. Por ahora, quedemos en que lo escribís en tercera, como para darle más seriedad al asunto. Me podés cambiar el nombre y todo eso.

Al rato se van a quedar sin temas para conversar. Un silencio espeso e impenetrable va a empezar a contaminar el aire. Hay algo triste en la escena. Los dos saben que es absurdo juntarse a "reponer información" y que ya están muy lejos. Van a ser como espectadores

de una misa extranjera. Julián se abstrae y mira el cuadro desde afuera, como un ángel que documenta. Le resulta increíble comprobar que de una relación de años puede no quedar nada. Ahí están, sentados uno al lado del otro, ella en un sillón y él en una silla contra una ventana, fumando con el brazo afuera para que no entre el humo; el televisor encendido en volumen bajo emite las noticias y dos vasos de cerveza a medio tomar parecen adornos sobre la mesa de madera.

¿Qué pasará cuando se vean en veinte, en treinta, en cuarenta años? ¿Se van a reconocer si se cruzan de casualidad en una esquina? ¿Hablarán una lengua reconocible por los dos?

Julián tuvo que trazar la parábola completa, recorrer entero el arco biológico de su vida sentimental para terminar ahí, donde todo empezó. Quizás tuvo que hacer el camino largo para llegar al punto de la página en el que el héroe ya no es tan ingenuo ni tan emocional como lo fue en el pasado. Así podría terminar, con él en ese departamento de dos ambientes del barrio de La Paternal, tratando de darle algún tipo de significado a las cosas.

¿Cómo surge el amor? ¿En qué escenas irrepetibles se funda la atracción entre dos personas? ¿Y cuándo se empieza a agrietar eso que parecía irrompible? A poco de entrar a la adultez, Julián —hijo de una típica familia progresista de clase media porteña— se piensa a sí mismo en relación con las mujeres a las que ha amado, que es como decir en relación con aquello que ha perdido.

De los nervios fundantes a la electricidad de estar juntos, de la borrachera del primer encuentro a la resaca espantosa del final, esta novela traza el arco biológico de tres relaciones sentimentales en un viaje al fondo del sistema emocional.

En *Un reino demasiado breve* Mauro Libertella persiste en su estilo sutil —engañosamente ingenuo, siempre delicado— para explorar los vínculos humanos fundamentales hasta llegar a su médula: la de los hechos cotidianos, las rutinas, los gestos que podrían pasar desapercibidos, esos diálogos que, pese a su apariencia trivial, lo están diciendo todo.

MAURO LIBERTELLA

(México DF, 1983). Creció y vive en Buenos Aires. Es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Es autor de *Mi libro enterrado*, *El estilo de los otros* y *El invierno con mi generación*, publicados en Argentina, Chile, Perú, Costa Rica, México e Italia.

Otro título del autor en megustaleer.com.ar

Libertella, Mauro
Un reino demasiado breve / Mauro Libertella. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Literatura Random House, 2017.
(Literatura Random House)
Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.
ISBN 978-987-3987-77-9

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© 2017, Mauro Libertella
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Edición en formato digital: septiembre de 2017
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-3987-77-9

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Un reino demasiado breve
Dedicatoria
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Sobre este libro
Sobre el autor
Otro título del autor
Créditos